

# PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

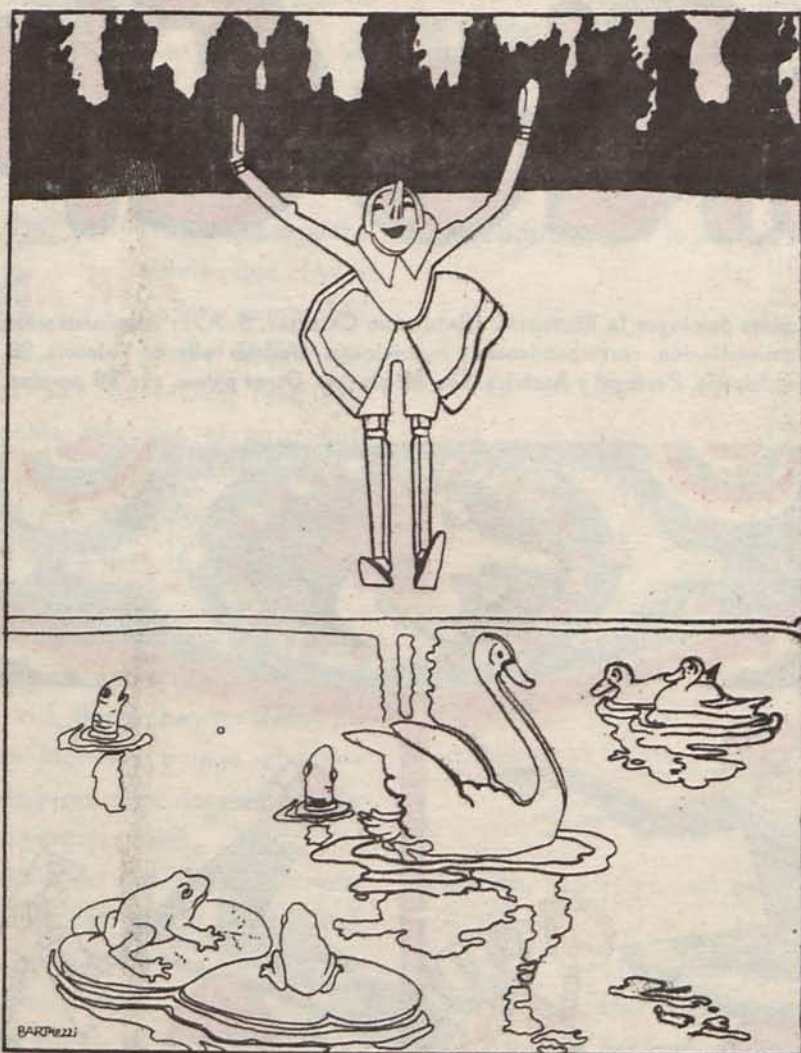
40 céntimos.

AÑO I. — NÚMERO 30  
13 Septiembre 1925





# CONCURSO DE COLORIDO



**VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO**

## CURiosIDADES

### **Cómo puede matarse a las serpientes.**

Sabido de todos es que la serpiente, como todos los reptiles de esa especie, es un animal peligroso y terrible, no sólo para el hombre, sino también para el ganado. La serpiente se esconde entre las zarzas, en las piedras y también en lo alto de los árboles, y cuando más descuidados estéis cae sobre vosotros, y enroscándoseos no cesará de apretar vuestro cuerpo hasta que sienta crujir vuestros huesos u os vea estrangulados.

Las serpientes, como todos los animales dañinos, deber ser perseguidos hasta exterminarlos.

¿Sabéis cómo pueden matarse las serpientes? La empresa no es sencilla, y bastante arriesgada; pero no existe otro medio más eficaz. ¡Escuchad!

Elegiréis una vasija de ancha base y bordes casi cortantes, cuanto más, mejor. Procuráis averiguar en dónde tiene su nido la serpiente, y no muy distante colocaréis el recipiente, en el que habréis vertido de antemano leche, lo más caliente posible.

La serpiente pronto olerá el blanco y nutritivo líquido, y relamiéndose de gusto acudirá presurosa, todo lo presurosa que le permiten sus medios, pues la leche es algo que la trastorna de placer.

Llegará hasta la vasija, y, formando con su cuerpo un arco sobre el borde cortante, comenzará a beber el líquido con fruición. Podréis acercaros sin cuidado; la serpiente, ébria de gula, no se apercebirá de nada hasta que no haya dado fin a su banquete.

Con un palo ancho, y con tino, golpeáis el cuerpo de la serpiente en el punto que tiene sobre el borde de la vasija, y el animal quedará partido en dos: cabeza y parte de su cuerpo dentro de la vasija, y el resto fuera de ella, adoptando posturas caprichosas y movimientos bruscos, aun después de muerta. A estos movimientos nerviosos se le da el nombre de *reflejos*.

Os marchareis a vuestra casa satisfechos, considerando de paso

que para vencer al enemigo basta conocer sus puntos débiles, que suelen ser sus defectos.

Si la serpiente no hubiera sido tan glotona, no os hubiera sido tan fácil deshaceros de ella.

### **El ferrocarril de la montaña.**

En los Estados Unidos de América, país donde ocurre todo lo extraordinario, se acaba de patentizar un invento tan original como audaz.

Se trata de un ferrocarril escala-montañas.

Vamos a explicaros a grandes rasgos en lo que consiste.

Un globo esférico, exactamente igual a los que los aeronautas emplean para sus ascensiones, tiene, en lugar de barquilla, una vagoneta que va sujeta a un rail en forma de doble T.

Este rail va subiendo alrededor de la montaña en forma de espiral sujeto por unos altos postes que se instalan a 12 metros de distancia entre sí.

Fácilmente se comprenderá que el aerostato desempeña el papel de propulsor gracias a su fuerza de ascensión.

Para el descenso basta desinflar el globo, y para evitar la caída, tal vez demasiado rápida, la barquilla o vagoneta va provista de unos frenos potentísimos.

Con este procedimiento pueden verificarse ascensiones rapidísimas, atravesando parajes agrestes de una belleza incomparable.

El globo será de 20 metros de diámetro, y lleno de hidrógeno tiene una fuerza capaz de llevar 4.800 kilogramos.

A nuestro entender, este procedimiento tiene el grave riesgo de las ráfagas de viento, tan corriente en los parajes montuosos, que pueden arrastrar al globo, romper los cables que le unen a la vagoneta y, sacando a ésta de los raíles, convertirse en globo libre, sin estar convenientemente acondicionado para ello.





# EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGARÍ

(Continuación.)

que le hubiera sustraído a Cornwallis, permitiéndole derrotar el ala opuesta del ejército inglés. Los hechos hicieron patente demasiado tarde al general republicano cómo estaban las cosas, y le indujeron a enviar tropas a Sullivan para oponerlas a Cornwallis.

«A las cuatro de la tarde se inició la batalla desesperadamente. Pero los ingleses y los mercenarios asiáticos, más numerosos y, hay que reconocerlo, dando a porfía prueba de su valor, dieron cuenta de los americanos, aun cuando éstos se batían como leones, introduciendo en sus filas el desorden y venciendo ya entrada la noche, hasta obligarlos a retirarse a los bosques próximos para buscar amparo más tarde en Filadelfia.

«Los nuestros perdieron mil cuatrocientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros; los ingleses, quinientos. El marqués de Lafayette fué herido en una pierna; el conde Casimiro Pulawsky se batió gloriosamente, y los otros oficiales franceses hicieron cuanto pudieron para hacer menos desastrosa la derrota.

«Quien no conozca a Washington desesperaría de la suerte que espera a la independencia americana. El no desmintió su ánimo firme y mente altísima. Presentó batalla de nuevo en Frenk-creek; pero una lluvia copiosa mojó de improviso los toscos y destrozados arcabuces de los nuestros, inutilizándolos, razón por la cual hubo de batirse otra vez en retirada con nuevas pérdidas.

«¿Qué debía hacer en situación tan apurada Jorge Washington? Los ingleses podían asaltar Reading, donde se encuentran los almacenes del ejército, o Filadelfia. Nuestro general, no pudiendo defender ambas plazas, prefirió la utilidad a la vanagloria, y abandonó a su suerte Filadelfia. Howe entró en esta última ciudad triunfalmente...; pero vosotros, amigos míos, podéis creer que la ocupación de una ciudad tan populosa y no fortificada ha servido para acrecentar más la gloria del vencedor que su potencia.»

## CAPÍTULO XVII

UNA SERIE DE AVENTURAS

Tras un breve silencio, durante el cual ninguno de los caminantes acortó el paso hacia el castillo de Clairmont, Sir William continuó diciendo:

—Aun cuando yo no dude del éxito de esta encarnizada guerra, he de reconocer que una extraña fatalidad nos persigue de continuo. Parece como si el destino quisiera reconocer al pueblo de los Estados Unidos, como en sesión de 4 de octubre del pasado año estableció el Congreso que había de llamarse la Nueva Confederación, su derecho a la libertad y a la independencia sólo después de saberlo bien merecido.

«Después de los reveses gravísimos sufridos por Arnold en su campaña contra el general inglés Carleton en el Champlain, las noticias de Ticonderoga y del fuerte Eduardo llegadas al mando supremo fueron siempre inciertas y poco tranquilizadoras.

«Ya sabéis que el general Burgoyne, vuelto a Inglaterra al solo objeto de recabar para él el mando supremo del ejército de operaciones del Canadá, consiguió su propósito, y ahora domina en estas regiones con siete mil ingleses y mercenarios alemanes, cuatro mil gastadores canadienses y buen golpe de navíos y marineros, además de muchas tribus de pieles rojas, atraídas a fuerza de promesas.

«Burgoyne comenzó su campaña en el Canadá dirigiendo un manifiesto a las poblaciones para inducir las a someterse espontáneamente, y manifestaba que venía a los territorios americanos con el intento de restablecer el orden y salvar de la anarquía a los buenos ciudadanos; pero que si encontraba resistencia a sus buenos propósitos, se vería precisado a dejar en libertad de acción a las numerosas mesnadas de indios aliados, que convertirían este florido país en un desolado desierto.

«Estas son las noticias más dignas de crédito que tenemos, pues ya hace mucho tiempo que ninguno de los exploradores enviados aquí pudo volver; de Saint-Clair y Arnold tampoco hemos recibido mensajero alguno, y las noticias más contradictorias circulan a propósito de la suerte de las fortalezas americanas en el Canadá.

«Después de tu partida, maestro Cabeza de Piedra, tuvimos no-

ticia de que el fuerte de Ticonderoga había sucumbido y su guarnición destruída, dispersa y apresada, y los supervivientes obligados a buscar refugio en otras fortalezas en que les amenazaban graves peligros. ¿Qué hay de cierto en todo ello? Yo creo que son falsas; pero no es fácil saber la verdad siendo las distancias tan enormes y tan escasos los medios de comunicación en este tiempo tan crudo.

Sin embargo, al general Washington le preocupa mucho la situación; ha solicitado un oficial hábil y valiente para enviarlo aquí, mientras se dispone la flota de socorro, y ha tenido la bondad de escogermela. Yo he aceptado con verdadero entusiasmo, embarcándome en una pequeña corbeta a la que he bautizado con el nombre de la antigua».

—¿La Tonante?

—Sí. La empresa no era fácil; había que burlar a toda costa la vigilancia de la flotilla de Burgoyne para pasar.

—Y habéis pasado.

—Sí, maestro.

—¿Por el burgo de Batz, nunca hay nada difícil para los corsarios de las Bermudas!

—Pero tú también estás aquí sano y salvo..., y si tu tartana naufragó, no habrán sido ciertamente los cañones ingleses...

—No; los escollos del Champlain tuvieron la culpa.

—¿Lo ves?

—¡Eh, eh!, en primer lugar yo soy vuestro maestro cañonero, por consiguiente, uno de los corsarios que no se detienen ante ningún obstáculo...

—Bien.

—Además, no he pensado lo más mínimo en la flota de Burgoyne, porque la creía aún lejos del Champlain. Lo cual significa que la fortuna me acompaña.

—No puedo decir yo otro tanto, querido Cabeza de Piedra.

—¡Oh, oh!, ¿qué otra diablura os ha sucedido?

—La Tonante...

—La nueva se entiende...

—¡Claro!

—¿Y bien?

—Maltratada por las ondas y rabiosamente batida por las ráfagas, mal gobernada por el piloto que Washington me había recomendado...

—¡Dios de Dios!... ¿Acaso ha naufragado también?

—No, gracias al cielo; ha tocado en un bajo, pero aún navega bien, tanto más cuanto que está internada en una especie de rada. Espero desencallarla pronto, en cuanto el Champlain se calme, como parece que sucederá en breve.

Cabeza de Piedra reflexionaba, preocupado.

—A mí, Davis; a vos, comandante, un piloto que me da el corazón que era hermano gemelo de aquel pillastre —dijo después con voz sorda—. ¿Sabéis que el general Washington, excelente guerrero en tierra, es un detestable almirante? Cuando de marineros se trata, pone la mano en traidores o en pollinos.

—Por desgracia, así es, en traidores especialmente —replicó Sir William suspirando—. Muchos son los que le rodean, y no puede conocer a todos, para preservarse de sus asechanzas. Por si acaso, yo he hecho encadenar al piloto hasta que no se justifique a satisfacción mía.

—¡Ojalá pudiéramos darle por compañero a maestro Davis!

—De ningún modo, que si son cómplices, juntos podrían darnos mucho que hacer.

—Yo me cuidaría de su custodia.

—Bien está, viejo charlatán; déjame terminar mi narración.

—Perdonad, capitán.

Sir William sonrióse y continuó:

—En la desgracia que nos envolvía con el choque de la corbeta, tuvimos la buena fortuna de encontrarnos detenidos a poca distancia de una roca coronada por un viejo castillo, el cual, como habréis adivinado seguramente, no es otro que el de Clairmont, hacia el cual nos dirigimos. Yo ignoraba el verdadero estado del barco y temía un desastre irreparable por efecto de la furia de las olas.

«¿Qué iba a ser de Mary, mi esposa adorada? Esta era mi constante preocupación, mi pensamiento continuo, sin dejar por eso de tener presente mi deber de soldado. Pero ¿qué queréis? El corazón



está siempre por encima de la mente, y a veces más alto que la conciencia.

»En medio de tantas inquietudes, vi avanzar resueltamente hacia nosotros una chalupa montada por algunos marineros vigorosos y por un hombre que llevaba el timón como un genio marino. Era el propietario del castillo, el señor de Clairmont aquí presente, el cual, habiendo presenciado nuestro naufragio, se apresuró a ofrecernos sus servicios. Subió el experto timonel a bordo, y noté en él cierta desconfianza al principio, aun cuando tratase de disimularla; pero cuando supo que éramos del partido republicano y no del inglés, se mostró contentísimo y se puso a nuestra entera disposición.

»A mí me interesaba, antes que nada, poner en salvo a Mary, así que acepté desde luego su proposición de conducirla al castillo, donde estaría bien segura y en la agradable compañía de nobles damas.

»Pero una viva sorpresa me esperaba al entrar en aquella mansión hospitalaria. ¿Quién te figuras tú, Cabeza de Piedra, que vino a mi encuentro turbado enteramente de la sorpresa?»

—¡Cuerpo de un campanario, acaso...!

—Sí, él... Wolf, el valiente hessiano.

—¿Pero cómo se encontraba allí el hermano de nuestro Ulric? ¿Quizás le atrajo el tufillo de algún barril de cerveza o de vino... escorpiónado? —dijo el viejo maestre riendo ruidosamente, mientras los demás le coreaban.

—No, maestre —continuó el barón con seriedad—. Si ese excelente joven no estropease menos las palabras de nuestra lengua o tuviese más inclinación a referir sus propios hechos, te contaría cosas no muy agradables.

—Yo me reía, comandante, porque sé que nuestros dos tudescos son jóvenes de un humor envidiable. Por lo demás, ya Jor me ha contado la persecución de los iroqueses, y a fe mía que yo también hubiera confiado mi vida a la velocidad de mis piernas.

—Pues bien, Wolf trató de atenerse lo mejor que pudo a las indicaciones y consejos del canadiense, por lo que supo decirme; pero toda su buena voluntad y el vigor de sus piernas, si bien sirvieron para sustraerle a los iroqueses, no le impidieron equivocarse la dirección.

»Os advierto desde ahora, amigos míos, que al referiros todo esto y lo que aún oiréis, sustituyo, no solamente a Wolf, sino también al señor de Clairmont; ya veréis el por qué.

»Wolf, al huir y perder la exacta noción del camino, se alejaba poco a poco de su meta, y perdía tiempo y fuerzas. Llegó un momento en que se vió perdido e incapaz de seguir, forzado a tomar descanso en una floresta solitaria, desolada, desprovista de todo cuanto pudiera servir a reparar las energías de un pobre viajero extraviado. Ya se abandonaba, pues, a su mala suerte, cuando de pronto oyó un rumor lejano y vió aparecer a su vista dos bultos negros.

»Cualquier objeto móvil en la soledad, la sombra y el silencio, toma en la fantasía aspectos extraños. Pero Wolf es un joven de sólida mente y corazón sereno, y no se dejó engañar por la imaginación. Observó atentamente aquellos bultos negros, y pudo ver que se trataba de dos magníficos alces.

»Por si lo ignoráis os diré que el alce es una especie de ciervo, mamífero, plenicornio, de la alzada de un caballo grande, sin igual en la carrera, más terrible que el toro más salvaje en el cornear, y con unas patas tan poderosas, que desharía a coces un yunque. Sus cuernos son más cortos que los que suelen adornar la cabeza de su congénere el ciervo, pero de más espesor y con ramificaciones más extensas. Aquí va siendo cada vez más raro, a causa de la caza infatigable que se le da; y aunque es muy dócil cuando está tranquilo, odia la presencia del hombre, su perseguidor sanguinario, y con frecuencia lo ataca ferozmente.»

—Conviene saberlo.

—¿No es verdad, maestre?

—Seguro; en cuanto vea un alce, procuraré largarme.

—Eso precisamente trató de hacer Wolf en cuanto vió a los dos enormes cuadrúpedos galopar resueltamente contra él. Tenía la escopeta cargada, pero el arma significaba un golpe solo y se trataba de dos adversarios, y aun teniendo la suerte de derribar a uno de ellos con el primer disparo, siempre quedaba otro, del cual no había medio de defenderse. Confiar en las piernas no era posible, teniendo encima a tan veloces brutos. Y entonces...

—¿Qué hizo Wolf?

—Con ligereza de pensamiento y de obra, se ocultó detrás del tronco de una encina centenaria que crecía a poca distancia de él y que lo cubría completamente.

—Muy bien.

—Los dos alces, en su galope desenfrenado con la cabeza baja, al verlo desaparecer, se detuvieron desconcertados. Wolf, por su parte, no los perdía de vista, asomado entre dos protuberancias que salían de uno de los lados del tronco y esperando aun que al no verlo se marcharan. Una de las dos bestias, la más corpulenta, ventó el aire con cierta desconfianza, volviendo a todas partes el humeante hocico, y, de repente, embistió contra la encina, en la que dió un terrible testarazo. El golpe fué tal, que Wolf creyó ver al animal caer al suelo revolcándose, con el cráneo en pedazos.

—¿Y no fué así?

—Se engañaba.

—¡Por el burgo de Batzl, ¿los alces del Canadá tienen entonces la cabeza tan dura como los bretones?

—Una cosa así...

—¡Ah!

—El alce se quedó como aturdido, y se retiró tambaleándose, pero aún sostenido en sus cuatro patas. Hubo un momento de tregua, durante el cual Wolf consideró serenamente la situación, que no tenía para él nada de halagüeña. La encina era su único refugio, y dando vueltas a su alrededor era únicamente como podría esca-

par a las embestidas de su enemigo. ¿Pero qué ocurriría si el otro alce entraba también en liza?

—¡Por mil campanarios, había para sudar friol...

—Al ocultarse de uno, se descubriría al otro.

—Así es.

—Urgía, pues, adoptar una resolución extrema...

—Meter una bala en el cuerpo a uno de los alces y dejarle inútil para la maniobra... Quitarlo de enmedio, en suma.

—Por supuesto.

—¡Bravo por mi bebedor de cerveza!...

—Sin perder un segundo, Wolf sacó partido del desconcierto en que estaban los dos animales, examinó la carga de su carabina, y viéndola en buen estado apoyó el cañón del arma sobre una de las protuberancias de la encina, apuntó con toda calma e hizo fuego.

—Y ya estaba el alce agresor bien servido.

—No.

—¡Oh, oh!

—Fué el compañero el que recibió el tiro en el ojo derecho y cayó a tierra como herido del rayo.

—¿Y el otro?

—El otro montó en un tremendo furor y de nuevo se lanzó contra la encina, pero galopando esta vez vertiginosamente en torno al árbol, del que arrancaba trozos de corteza a formidables cornadas. Wolf hacía prodigios de destreza, de agilidad y de sangre fría para salvarse de aquella furia, y poco a poco sentía que le abandonaban las fuerzas y que la muerte atroz se hacía inminente. Las patas del alce hacían salpicar la nieve hasta las ramas inferiores de la encina, y su hálito cálido y bestial azotaba como un soplo impetuoso al pobre hessiano.

»Wolf se estremecía y perdía terreno; el alce, por el contrario, crecía en vigor a medida que aumentaba su rabia, desahogándose de vez en cuando con bramidos roncós, y ganando terreno. De improviso, Wolf se sintió alcanzado, herido en un costado violentamente y lanzado al espacio. Una de las ramificaciones de la cornamenta le había enganchado por la mitad del cuerpo, penetrando bajo el robusto cinto de cuero. Nuestro pobre amigo se sintió perdido e instintivamente se aferró con los brazos y los dedos a los anchos cuernos del animal, cabalgando al mismo tiempo en el dorso poderoso. El alce, que esperaba estrellar contra el suelo a su adversario vencido, y destrozado allí a coces, dió un salto formidable.

—¿Y Wolf?

—Firme y sereno siempre.

—Por mi vieja pipa, ¡cuánto me hubiera gustado ver la escena...!

—Sólo los árboles de la floresta la presenciaban.

—Los cuales no cuentan.

—Pero aquí está Wolf escuchándome, y ya ve que recuerdo bien los detalles que he podido sonsacarle, no sin trabajo.

El hessiano, que caminaba del brazo de su hermano atento al relato, se sonrió inclinándose.

Sir William Mac-Lellan prosiguió:

—Dos o tres minutos duró una fiera lucha entre el animal, que quería librarse de su improvisado caballero, y éste, que de ninguna manera soltaba su presa, temiendo, con razón, ser víctima de su furia si caía. El alce, por último, en vista de la inutilidad de sus esfuerzos, pareció enloquecer por completo de furor, y se lanzó en una carrera ciega, fantástica; en una fuga espantosa, sin dirección ni objetivo, transportando sobre sus lomos al hombre, el cual se sujetaba con más fuerza que nunca a aquel meteoro vivo, temiendo a cada paso la muerte, e imposibilitado, no obstante, de hacer tentativa alguna para salvarse.

¿Cuánto duró aquella galopada sin igual? Wolf no podría decirlo. De pronto oyó lamentos, creyó ver figuras humanas agitarse confusamente, luego gritos, un disparo... después se sintió lanzado en el vacío por un instante, y notó de repente la sensación de agua helada que lo envolvía de cabeza a pies... Por fin, nada.

—¿Perdió el sentido?

—Sí.

—¿Y cuando lo recobró...?

—Se encontró en una habitación abrigada, en un lecho suave, rodeado de personas que lo contemplaban sonriendo amablemente. Y dos horas después estaba en condiciones de sentarse en una mesa bien servida, y aun de salir a mi encuentro cuando entraba yo en el castillo de Clairmont y de darme noticias vuestras.

—¿Qué había pasado, pues? —preguntó Cabeza de Piedra, que comenzaba a hacerse un lío con tanta peripecia.

—La respuesta pudiera muy bien darla el señor Clairmont, pero prefiero hacerlo yo, porque él de seguro ocultaría, por modestia, al menos la mitad de la verdad.

»Los lamentos y los gritos que Wolf pudo percibir provenían de *Relámpago*, este buen perro que viene aquí, y de algunos hombres que acompañaban al barón de Clairmont a su regreso al castillo. El valiente caballero francés se dió en seguida cuenta exacta de la trágica escena, y apuntando al alce con su carabina, seguro de no errar el tiro y derribarlo al punto, disparó. El animal, herido de muerte, tuvo aún fuerzas para proseguir su carrera por unos cuantos metros. Desgraciadamente había llegado a la orilla del lago, en un punto alto, y se precipitó a plomo en el agua.

»Desde allí mismo presenciaba el choque de nuestra corbeta con el banco. Por un momento dejó de ocuparse de nosotros, y haciendo una seña a *Relámpago*, se lanzó hacia el lago seguido por el perro. Wolf, desvanecido, estaba a punto de ser engullido por las olas, que ya habían arrastrado con ellas al alce; pero *Relámpago* y su generoso dueño llegaron a tiempo de salvarlo, y lo condujeron al castillo.

»El barón de Clairmont, que no quería perder la ocasión de hacer dos buenas acciones en un solo día, apenas trocó la ropa mojada por otra seca, vino a ofrecernos sus servicios.

(Continuará en el número próximo.)



# PINOCHO DEPORTISTA

El segundo partido del  
Torneo de "Pinocho".

Los «Invencibles  
Pinochistas» confir-  
man su nombre de-  
rotando por 3-0 al  
«Athlétic Pinocho».

Superioridad técnica y de-  
portiva. Los Athléticos,  
aterrados, fingen indig-  
nación contra el árbitro  
y se retiran del campo.  
¿Qué hubiera pasado si  
no? El «Athlétic Pino-  
cho», descalificado.

Lástima que los muchachos del «Athlétic Pinocho», tan simpáticos como buenos jugadores, hayan tenido durante su segundo partido, un momento de ofuscación que haya obligado al Comité organizador de este torneo a descalificarlos, eliminándolos, por lo tanto, de este concurso, en el cual hubieran desempeñado un lucido papel.

Pero comprenderán nuestros buenos amigos que, ni a la Revista organizadora, ni aun a los muchachos que integran



Quedaron vencedores los «Invencibles», como lo justifica su nombre. ¿Qué hubiera ocurrido si no se retiran del campo sus contrarios?... No vamos a dar cifra, que resultaría muy cruel; señalemos sólo los detalles de que con fuerte viento en contra consiguieron los vencedores los tres tantos y domina-ron de forma abrumadora...

De todas formas no era éste motivo para protestar de un árbitro que el domingo anterior, cuando los hoy derrotados eran vencedores, parecía admirable e imparcial.

Pinocho, amigo de todos, pasó un mal rato; pero tiene la confianza de que comprenderán estos rabiosillos, amigos suyos, la verdad del asunto. Con árbitro bueno, con malo, con buen tiempo, con borrascoso en el campo del «Athlétic» o en la Puerta del Sol, los «Invencibles» hubieran ganado, y en otro partido, en el de la segunda vuelta, quizá hubieran perdido; pues ya se sabe que en cuestiones de fútbol no hay nadie invencible, aunque se lo llamen los propios interesados...

De los del «Invencible» resaltó primero el admirable con-  
junto, y después, la defensa medio y delantero centro.

De los del «Athlétic», Puig y el extremo derecha.

Pinocho y su Revista agradece al «Athlétic Club» de Ma-  
drid, los campeones de la región, la generosa cesión de su  
campo de entrenamiento.

## El arbitraje, los equipos y el público.

El arbitraje estuvo a cargo de Galindo, y los «liniers», Teo-  
dosio García y Ventura Martínez.

Los bandos se alinearon así:

«Invencibles Pinochistas»: Miguel Bernabeu, Enrique Ro-  
dríguez, Federico García, Andrés Espín, Felipe Muñoz, Se-  
bastián Pérez, Antonio González, Carlos Quesada, José Sie-  
rra y Plácido García.

El «Athlétic Pinocho» se alineó como el domingo anterior,  
excepto el portero, que es bastante mejor y hasta tiene estilo  
parando.

□ □

Pinocho está muy triste; más que por lo que ha ocurrido,  
que realmente no tiene la menor importancia, por si esto es  
un precedente que dé al traste con su famoso Torneo.

Claro es que los Pinochistas todos comprenderán que no  
se pueden seguir los pasos de los Athléticos, pues les puede  
ocurrir lo que a ellos.

Dux.

## Reseñas y resultados.

Servicio especial de nuestros corresponsales.

### MÁLAGA

Tuvo lugar en el campo del Malagueño un partido entre  
el equipo moro «Mogreb F. C.», campeón de Tánger, y el  
«F. C. Malagueño».

Durante todo el tiempo que duró el partido los malague-  
ños dominaron de tal modo a sus contrarios, que con gran  
trabajo pudieron los moros meternos un «goal», y éste, de  
«penalty»; en cambio los nuestros, por cuatro veces hicieron  
entrar el balón en la portería tangerina.

Destacaron de los nuestros Federe, Andrades y Ruiz.

□ □



El «Pinochista Invencible»; equipo que venció por 3-0 al «Athlétic Pinocho».

otros Clubs, les puede parecer bien, ni acatar ciertas actitu-  
des que no vamos a calificar.

De deportistas es el saber perder, tan necesario como el  
saber ganar. Si el árbitro tuvo una discusión con el liniers,  
en nada se molestó al Club para que adoptase una actitud  
tan antideportiva como es la de retirarse del campo, máxime  
cuando en media hora no se ha llegado más que un par de  
veces al terreno contrario, y se tienen tres tantos en contra.  
¡Si esto no parece cierto reparillo...!

Como Pinocho no cree que, pasada media hora, sus amigos  
persistan en su actitud, les invita a que formen otro bando  
que intervendrá en el torneo; claro es que a este bando se le  
considerará la derrota infringida por el «Invencible», pues de  
otra forma sería este un camino a seguir por otros en cuanto  
tuviesen su primer tropiezo.

### Cómo fué el partido.

Diremos mejor el medio partido, pues apenas si se jugó el  
primer tiempo. En este espacio se advirtió tal superioridad  
por parte de los del «Invencible», que puede decirse que todo  
el juego se desarrolló en el campo contrario. Pases matemá-  
ticos, remates maravillosos, entradas nobles y valientes. La  
defensa, de tal seguridad, que, apenas los «Athléticos» ini-  
ciaban un ataque, restituían el balón a sus compañeros.

El árbitro, Sr. Galindo, procuraba estar ojo avizor, para  
por medio de algún off-side levantar aquel bloqueo abruma-  
dor que los «Invencibles» tenían establecido; pero todos los  
ataques eran de una cohesión tan perfecta, de una compene-  
tración tan uniforme, que rara vez quedaba uno de sus atacan-  
tes en esta situación.

Los tantos fueron conseguidos por Espín, Plácido y Que-  
sada, tan maravillosos todos, que entusiasmaron a los espec-  
tadores.

En un avance de los «Invencibles», un liniers dió fuera un  
balón. El Sr. Galindo, tal vez demasiado apasionado, lo ex-  
pulsó del campo por discutirle, y por este motivo los «Athlé-  
ticos» decidieron marcharse del campo, profiriendo amenazas  
muy graciosas.



Un avance del «Pinochista Invencible».



El domingo jugaron por segunda vez, y en el mismo campo, el citado «Mogreb F. C.» y el «F. C. Malagueño».

En este partido fueron varias veces ovacionados los del Mogreb, pues jugaron mejor que el día anterior; sin que por eso llegaran, ni mucho menos, a arrancar la victoria a los malagueños, que, más unidos, con gran técnica y mucho entusiasmo, burlaron la vigilancia del portero, un morazo enorme, haciendo que por dos veces el balón traspasara los umbrales de la portería morisca.

Se distinguieron Ruiz, Fuentes, que logró los dos tantos, y Quesada.

Los demás, jugaron mucho y bien. El árbitro, J. Cuberta, estuvo imparcial.

□ □

El sábado 15, en el campo del Málaga, se celebró un partido entre el «Nacional F. C.», de Sevilla, y el «Málaga F. C.».

Durante todo el partido se vieron estupendas jugadas por parte del «Málaga», los cuales consiguieron la victoria por 3 a 1.

□ □

El domingo volvieron a jugar estos dos equipos, que se alinean:

Por el «Nacional»: Húcha, González, Molero, Sardana, Espinar, Chaves, Narváez, Cruz, Carmelo, Inurria y Ossorio.

Por el «Málaga»: Santiso, Marrulejo, Scheneider, Vides, Casado, Palomeque, Morales, Kustner, Segovia, Valleria y Pardo.

En el primer tiempo, el dominio es alterno, pues si bien los nacionales juegan con bríos, los del «Málaga» también lo hacen y consiguen un «goal» para su equipo, en tanto que los nacionales hacen tres.

En la segunda parte quieren los del «Málaga» desquitarse; pero tan sólo logran perforar la meta del «Nacional» una vez más de un «penalty».

Terminó el partido con la victoria del «Nacional» por 3 a 2. De éstos, los que más nos gustaron, fueron Hucha, Inurria, Ossorio y Cruz.

De los nuestros, Vides, Pardo y Vallerias.

Actuó de árbitro el señor Requena, que estuvo bien.

MELENITAS.

## BETANZOS

El domingo 16 de agosto se celebró un interesante encuentro entre los equipos «Emdem», de La Coruña, y «Arenas», del Ferrol, venciendo éstos por 1 a 0.

Los coruñeses demostraron un juego muy superior al de los ferrolanos, debiendo haber sido la victoria de aquéllos, que embotellaron completamente a los contrarios en el primer tiempo y parte del segundo. Al final, se marcó el único tanto de la tarde. El público, correcto, a pesar de los desplantes de la «claque» ferrolana. El árbitro, mal.

## TETUÁN

«Athlétic», de Tetuán, 3; «María Cristina», de Ceuta, 0.

## BURGOS

Salen los equipos alineándose de la siguiente forma:

Huelgas probables: Maximiliano, Esteban, Juanjo, Manuel, Marcial, Peña, Pedrín, Julián, José Luis, Jesús y Antonio.

Huelgas posibles: Peña, Rioja, Félix, Dositeo, Sixto, Feliciano, Teodosio, Francisco, Fausto, Nemesio y Garavito.

Los probables visten camiseta roja, y los posibles, azul. Adelantan los rojos poniendo la meta de Peña en grave apuro. Por fin, los azules despejan y avanzan; pero Esteban interviene y manda el balón a Pedrín, el cual centra, recogiendo José Luis y Peña. (Pura ovación.) Otra vez los azules vuelven a las andadas; pero Esteban juega horrores y no les deja moverse. Marcial se escapa con el balón y «chuta»



Entre los pequeños amigos de Pinocho y Pírrula que presenciaron este encuentro, todo en satisfacción y regocijo.

de lejos; Rioja despeja flojo y Marcial le vuelve a coger, metiendo el esférico en la red. (Aplausos.) Los azules se enfurecen. Sixto corre de un lado para otro y da zambombazos a diestro y siniestro. Nos vamos entusiasmando. No he visto partido como el de hoy. Nemesio pasa a Fausto y éste «chuta», parando Maximiliano. Otra vez, Nemesio, «chuta», y Maximiliano lo manda a «córner», el cual le despeja Juanito de cabeza. Después de esto termina el primer tiempo con la victoria de los rojos.

Comienza el segundo tiempo. Los rojos avanzan en tropel. Frente a la meta de Peña se caen en montón Julián, José Luis, Rioja y Peña, en la cual no hay consecuencias. Se castiga con una mano a los azules, la cual, tirada por Marcial, la recoge José Luis, y, pasando a los defensas, «chuta» y hace «goal». (Ovación.) Después de esto, las fuerzas de los azules van decayendo y termina el partido con la victoria de los rojos por 2 a 0.

De los rojos se han distinguido Maximiliano, Esteban, Marcial, José Luis y Pedrín.

Los demás, también bien, menos Manuel, que andaba algo desentrenado. De los azules, Peña, Rioja, Félix, Sixto, Fausto y Garavito.

COMINGES.

## ¡¡Siguen triunfando los equipos Pinochistas!!

### CABEZA DEL BUEY

El día 16 (domingo) se celebró un partido entre los equipos «Invencible Pinochista Infantil» (F. C.) y el «Belén» (F. C.). Venció el «Invencible» por 4 a 1.

Los del «Belén» desarrollaron toda la tarde un juego sucio y sin entusiasmo.

Los del «Invencible» jugaron muy bien, limpio y con mucha unión, demostrando con ello su gran superioridad en el «fútbol», que les dió la victoria.

Se distinguieron por el «Invencible», Hidalgo, Seco, Moyano, Cascos, López y Calvo.

HIDALGO.

## ¡¡Ya tiene Pinocho un equipo hasta en Cuba!!

Recibimos noticias de nuestro corresponsal en Guantánamo (Cuba), señor González Portillo, referentes a la formación de un equipo titulado «Deportivo Pinocho F. C.», integrado por González (cap.), González (Emilio), Fernández, Roselló, Branet, Mayo, Portillo, Vilanova, Amador, Casas y Nariega. Los simpáticos cubanos están dispuestos a colocar el nombre de Pinocho en el pináculo de los deportes.

## ¡¡Y en la Argentina también!!

En Juniu (Buenos Aires) también se ha formado otro bando Pinochista de esta forma: Raul Bauman, José Noetz, Ordiales, Bauman (Luis María), Galecio, Brioso, Brioso (Carlos), Toyos, Loughlin, Asenjo y González.

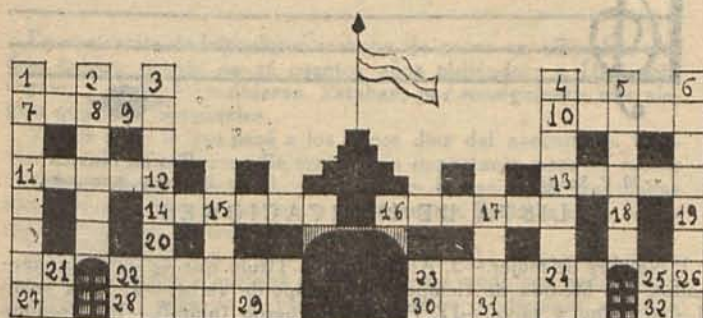
La fama de Pinocho no se detiene ni ante el Océano.



# CONCURSOS PERMANENTES

## EL DE PROBLEMAS

### Un cuartel.



### INDICACIONES

#### HORIZONTALES

7. Instrumento agrícola.—9. Nota musical.—10. Nombre de mujer.—11. Imperativo.—13. Calificaciones.—14. Parte del mundo. 16. Arbol.—22. Roedor.—23. Tiempo de verbo.—24. Nota musical.—25. Contracción.—27. En la baraja.—28. Tiempo de verbo. 29. En la baraja.—30. Encarcelados.—31. Pronombre demostrativo.—32. Nota musical.

#### VERTICALES

1. Ciudad española.—2. Imperativo.—3. En los cuarteles.—4. Nombre de varón.—5. Paisajes.—6. Ciudad francesa.—8. Imperativo.—12. Juego.—13. Flor.—15. Verbo.—17. Tiempo de verbo. 18. En la baraja.—19. Pronombre femenino.—20. Número.—21. En la baraja.—24. Nota musical.—25. Contracción.—26. Nota musical.

CARLOS G.<sup>a</sup> Y DE OTEYZA  
Quince años. Madrid.

58. P. Sección B.

### Los ganaderos.

Dos ganaderos (Amós y Eduardo) se dirigían a la feria con cierto número de vacas cada uno. Amós preguntó a Eduardo que cuántas vacas llevaba a la feria, y Eduardo contestó: «Si yo te doy una vaca llevamos los dos igual número de ellas; pero si tú me das a mí una, llevo yo el doble que tú».

¿Cuántas vacas llevaban los dos juntos? ¿Cuántas llevaba Eduardo? ¿Cuántas llevaba Amós?

ANTONIO FERNÁNDEZ.

Trece años. Santander (Santillana del Mar, Gueveda).

60. P. Sección B.

### El mercader.

Un mercader regresaba de la feria con una berza, un cordero y un lobo. Satisfecho de la compra que había hecho, andaba sin darse cuenta del largo camino que había recorrido; pero toda su alegría se acabó cuando vió cerca de él un río con tan solo un pasadizo, por el cual nada más podía pasar una persona.

Entonces el mercader se dijo: «¿Cómo me las arreglaré para poder pasar la berza, el cordero y el lobo uno a uno, y al mismo tiempo tener cuidado que el cordero no se coma la berza y el lobo no se coma al cordero?»

Lectorcitos, discurrir.

CONCHITA ALVAREZ.

Catorce años. Santander (Santillana del Mar, Gueveda).

59. P. Sección B.

## JEROGLÍFICOS



### FRASE

ERNESTO PÁEZ.  
Once años. Valladolid.

61. P. Sn. B.

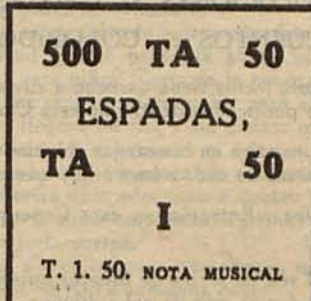


### VOZ DE MANDO

JOSÉ D. TENREIRO.

Catorce años. Puentedeume (Coruña).

62. P. Sección B.

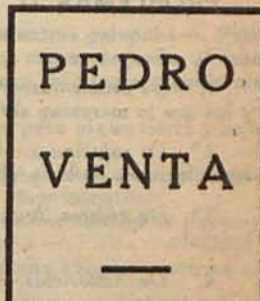


### REFRÁN

JUAN HIDALGO.

Doce años. Cabeza del Buey.

63. P. Sección B.



Formar con estas letras el nombre de una ciudad española.

ANTONIO BARBERÁ.

Doce años. Zaragoza.

64. P. Sección B.

### Los magos.

Aquí te presento, querido Pinochista, un bonito problema: Figúrate que vas de viaje y en el camino te encuentras a tres magos, y el primero te dice: «Niño, si me das una peseta, te doblo el capital que lleves»; el segundo te hace la misma proposición, y el tercero, igual; pero al pagarle a éste se te tiene que terminar el dinero; ¿qué cantidad tendrás que coger de tu casa?

65. P. Sección B.

DOMINGO LÓPEZ.  
Diez y seis años. Almería

### El milano.

Un milano preguntó a unas palomas que cuántas eran. Y contestaron: Nosotras y otras tantas como nosotras, la mitad de nosotras, la cuarta parte de nosotras y usted, señor Milano, somos ciento cabal.

JUAN IGNACIO ORTIGOSA.  
Doce años. Madrid.

66. P. Sn. B.

### La jirafa.

### INDICACIONES

#### VERTICALES

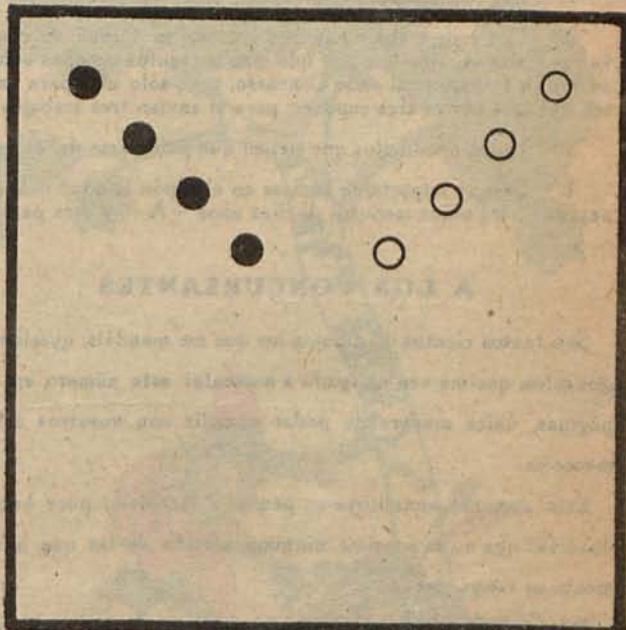
2. Pronombre.—4. Nombre de varón.—6. Acumulación de vapor de agua.—8. Pronombre.—10. Provincia. 11. Preposición.—13. Artículo.—14. Perteneciente a una arteria del cuerpo humano.—16. Villa de la provincia de Badajoz.—17. Pájaro.—20. Contracción.—22. Nombre de mujer.—24. Genio maléfico.—25. Palabra latina.—29. Idem.—31. Terminación de amar. 32. Flor.—34. Pronombre.—36. Moneda romana.—38. Nombre de letra.—40. Ciudad en Navarra.—41. Apellido.—42. Extensión de agua.—44. Animal.

#### HORIZONTALES

1. Número.—3. Verbo sustantivo. 5. Artículo.—6. Negación.—7. Nombre de letra.—9. Pronombre.—10. Artículo.—12. Nombre de mujer.—15. Antigua ciudad francesa.—18. Principio de Jerax.—19. Ave palmípeda.—21. Arbusto.—23. Que indica igualdad.—26. Pronombre.—27. Tiempo de verbo.—28. Idem.—30. Jugador de foot-ball.—33. Grito del carretero.—35. Instrumento musical.—37. Pronombre.—39. Artículo.—43. Nota musical.—45. Tiempo de verbo.—46. Artículo.

JUAN SÁNCHEZ CAMPOS  
Quince años. Ulella de Campo (Almería)

67. P. Sección B.



Dividase este cuadro en cuatro partes iguales, de forma que dentro de cada parte haya un redondel negro y otro blanco.

JOSÉ ANDREU SELTIER.

Once años.

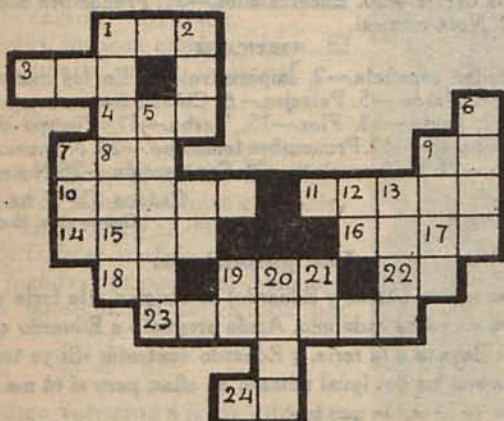
68. P. Sección B.



## Jeroglífico.

Tiempo de verbo—preposición—posesivo—P—vocal—D—nota musical—consonante—conjunción—imperativo de un verbo—pronombre personal—T—artículo—P—nota musical—posesivo—V—vocal.

69. P. Sección B.



TOMÁS GÓMEZ.  
Trece años, Talavera de la Reina.

## Jeroglífico.



70. P. Sección B.

RAMÓN NAVAS.  
Doce años, Antequera.

## LISTA DE INDICACIONES

### HORIZONTALES

1. Nombre de mujer.—3. Alimento.—4. Título que se da a los canonicados.—7. Medida de tiempo.—8. Tiempo de verbo.—9. Nota musical.—10. Sano y salvo.—11. Parte del cuerpo (plural).—13. Pronombre.—14. Infinitivo.—15. Gran masa de agua.—16. En la baraja.—18. Al revés, nota musical.—19. Signo de una operación aritmética.—20. En la baraja.—22. Planta.—23. Despacho.—24. Voz de carretero.

### VERTICALES

1. Nombre de varón.—2. Todavía.—5. Arreglado.—6. Para los domingos.—7. Pronombre posesivo.—9. Apodo.—12. En la baraja.—13. Señal.—17. Planta.—19. Nota musical.—21. Nota musical.—20. Con una S delante, sagrado.—ALFONSO FLÓREZ DE LOSADA.

71. P. Sección B.

Diez años, Segovia.

# ¡9 CONCURSOS PERMANENTES!

PROBLEMAS :: SOLUCIONES :: CHISTES :: CHISTES ILUSTRADOS :: HISTORIETAS :: DIBUJOS  
CUENTOS :: COLORIDO Y DE LOS PINOCHOS MÁS BONITOS

1.º *De problemas.*—Cada lector tiene derecho a enviarnos tantos problemas como quiera (cada uno con su cupón correspondiente), y los que lo merezcan serán publicados dentro de este Concurso. Aparte, y muy clara, debe enviarse cada problema con su solución.

2.º *De soluciones.*—Consistirá en buscar las soluciones a los problemas del Concurso anterior y a los demás que se publiquen. Con las soluciones de los problemas de cada número hay que enviar el cupón del concurso correspondiente al mismo número.

3.º *De chistes ilustrados.*—Entrarán en este Concurso los dibujos que recibamos correspondientes a un chiste que les sirva de epígrafe.

4.º *De historietas.*—O sea de series de dibujos unidos entre sí con una idea común, con o sin el texto correspondiente.—Las historietas tendrán no menos de dos ni más de ocho dibujos.

5.º *De dibujos.*—Los dibujos sueltos que no sean chistes entrarán en este Concurso.

6.º *De chistes sin ilustrar.*—Se publicarán los que recibamos y merezcan entrar en este Concurso.

7.º *De cuentos ilustrados o sin ilustrar.*—Los cuentos deben enviarse escritos por una cara de papel y no tener más de 2.000 letras. Si tuviese ilustraciones, mandarlas en papel aparte.

8.º *De colorido.*—Consiste en iluminar los dibujos que publicamos para ese efecto en forma lo más igual posible a los colores en que están publicados en la **Serie Pinocho contra Chapete**.

9.º *De los Pinochos más bonitos.*—Consiste en hacer una lista de la **Serie Pinocho contra Chapete**, ordenada según la preferencia del pinochista.

## OBSERVACIONES GENERALES

1.ª Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en números anteriores de PINOCHO.

2.ª Con cada trabajo hay que mandar un *Cupón de concursos*. Es decir, que no basta un cupón para un solo envío que contenga varios trabajos, sino que hay que mandar tantos cupones como trabajos. Los suscritores gozarán de una ventaja: con un solo cupón pueden enviar un trabajo para cada Concurso, pero sólo uno para cada Concurso. Es decir, que si envían tres trabajos para un solo Concurso tendrán que enviar tres cupones; pero si envían tres trabajos diferentes, uno para cada Concurso, lo pueden hacer con un solo cupón.

3.ª Todos los dibujos que tienen que publicarse deben venir hechos con tinta negra (no es necesario que sea con tinta china).

4.ª Es muy importante indicar en el cupón la edad del remitente, porque, como hemos anunciado, cada Concurso tendrá dos secciones: una para niños menores de diez años —A—, y otra para niños mayores de diez años.—B.

## A LOS CONCURSANTES

Son tantos cientos de dibujos los que me mandáis, queridos amigos míos, que me veo obligado a aumentar este número en cuatro páginas, única manera de poder cumplir con vosotros como os merecéis.

Este aumento constituye un pequeño sacrificio, pues habéis de observar que no se suprime ninguna sección de las que habitualmente os vengo dando.

Este sacrificio lo hago gustosísimo, en prueba del cariño que os profeso y en vista del entusiasmo que, observo, ha causado en vosotros esta innovación en los concursos.

PINOCHO.

# PINOCHO

## CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 30

El Pinochista D. ....

de ..... años, y cuyas señas son .....

remite un trabajo para el Concurso de ..... (1).

Fecha ....., (Si es suscriptor, poner el número .....)

(1) Indicar el que sea de los nueve. Leer bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.



# EL PREDESTINADO

En una casita de labradores acababa de nacer un niño. Sus padres habían pasado no sé cuantos años pidiéndole a Dios este regalo, y al fin lo recibieron. Estaban, por consiguiente, más alegres que unas castañuelas.

Vamos a ver lo que pasó a los pocos días del nacimiento. Conviene decir que el tercer día era el más importante para el recién nacido, porque, durante él, reuníanse en la casita las tres hadas que habían de fijar su destino, o sea su suerte. Estamos en la noche que se cumplían las tres fechas.

Dió la casualidad de que el tiempo se presentó borrascoso; llovía desesperadamente y azotaba el viento de tal modo que nadie osaba sacar la nariz fuera de la ventana. En tales condiciones arribó a la casita un caminante pidiendo albergue. Por su vestidura y los arreos del caballo se comprendía que era persona principal y poderosa. El labrador le hizo pasar y le dijo:

—Mi casa es pobre y vieja; le falta medio tejado. Un jergón de paja es todo lo que puedo prepararle para dormir, y un vaso de leche con pan lo que puede ofrecerle mi despensa.

—No te apures, buen amigo. Con lo que me ofreces estoy más que contento. Aunque no hubieses tenido jergón ni alimento alguno, tu casita, en una noche como esta, le parece al caminante un palacio confortable.

Después de este breve diálogo, el campesino calentó la leche,



preparó el jergón y la manta, le hizo sitio en un rincón al caballo, y deseando reposo al huésped se acostó.

También lo hizo así el caballero; mas, a pesar de la fatiga y del buen vaso de leche caliente, no pudo coger el sueño; estaba intranquilo porque traía consigo unos miles de onzas de oro.

Estando así, dando tumbos en el jergón, vinieron las tres damas a discutir el destino de la criatura recién nacida. Sentáronse junto a la chimenea en la cual ardían los últimos trozos de leña y estuvieron un rato sin hablar. Ya podéis suponer el espanto del caballero ante aquella visita inesperada. En un primer impulso se hubiese levantado, pero pensó que era preferible aguardar a ver lo que aquello era.

Las tres mujeres seguían calladas; pero, al fin, rompió la primera y dijo:

—El niño que acaba de nacer, vivirá poco. Es un angelito más para el cielo.

La segunda mujer replicó en seguida:

—Este niño vivirá muchos años, y le dará muerte su padre sin saberlo.

La tercera, por último, dijo así:

—¿Qué afirmaciones son esas? El niño vivirá lo bastante para poder matar a ese virrey que yace en el jergón y casarse con su hija.

Como las palabras de la última son siempre las valederas, la suerte del niño quedó echada, y las tres mujeres desaparecieron en seguida.

El virrey, que había estado escuchándolo todo, se quedó frío como un témpano. Pasó la noche entera desvelado y discurriendo sobre la mejor manera de acabar con aquel niño.

—Es preciso, es preciso a toda costa apoderarse de él y matarlo. Si no, mi vida va a ser una inquietud perpetua.

Llegó la mañana, y en cuanto pudo hablar con el dueño de la casita le dijo:

—Oye, buen hombre: Yo no tengo hijos, pero tengo algún dinero; ¿por qué no me vendes el tuyo? Te daré lo que quieras; quedarás contento. Y el chico vivirá con mayores comodidades.

—Ca, no, señor. De modo que he estado suspirando toda la vida por un hijo y ahora que lo tengo lo voy a dar. ¡No señor! Rogad como yo he rogado y Dios os proveerá.

—Sí me lo darás —replicó el virrey con una sonrisa amable.

Y diciendo esto abrió su bolsa y extrajo mil onzas de oro.

—¡Toma y dámelo!

—¡No, señor; ya le he dicho que no lo doy.

El virrey sacó tres mil onzas más; ya eran cuatro mil. El campesino miró a su mujer, buscando su consentimiento; pero ella volvió la cabeza despreciativamente.

—No queremos.

—Si queréis —replicó de nuevo el poderoso—. Estoy dispuesto a más. Les ofrezco otras tres mil.

Ante la oferta de siete mil onzas, el campesino agarró a su mujer por un brazo y le habló aparte de la siguiente manera:

—¿Por qué perder una ocasión como ésta? ¿Quién nos asegura que el niño va a vivir mucho tiempo? Si se muere, nos quedamos sin él y sin dinero. En cambio, si se lo lleva este señor, puede alimentarse mejor y educarse mejor que en nuestra casa. Nosotros, además, podremos verle siempre que se nos antoje.

Estas y otras razones acabaron por rendir a la pobre mujer. El marido volvió a hablar con el rico personaje y recibió las siete mil onzas. La mujer agarró la canastilla donde estaba el bebé, y cuando el virrey hubo montado a caballo, se lo entregó, llorando como una Maria Magdalena.

—No lloréis; venid a mi casa siempre que queráis a ver al chico —gritó al partir el caballero.

«Ea, ya estoy salvado —pensaba éste mientras galopaba—. Pero la dificultad que se presenta ahora no es menos pequeña. ¿Cómo mato yo a este niño? Cortarle la cabeza con mi propio cuchillo me repugna; me reconozco sin valor para ello.»

En esto llegó a un río, y sin pensar más, puso pie en tierra y dejó en la corriente la cunita con el nene.

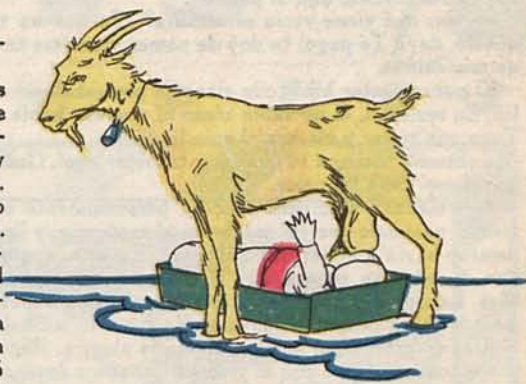
«Esta es la mejor manera de acabar con él. Así no se derrama sangre. Morirá ahogado, quizás dentro de unos minutos.»

Y como el niño empezaba a gemir, montó a caballo de nuevo y se alejó a todo correr.

El niño, sin embargo, no se ahogó, no podía ahogarse, porque su destino era otro. Ya sabemos cual.

El río mismo, al hacer una curva, lo empujó a la orilla, cerca de un prado. A este sitio traía diariamente sus cabras un pastor, y, a eso del mediodía, las dejaba llegar a la orilla, para que bebiendo remojasen el pasto engullido.

Como los animales tienen tan desarrollado el instinto, no es extraño que una de las cabras se alejase de las demás y acudiera al sitio en donde estaba la criatura. Había oído sus gemidos, y, como





una madre solícita, vino, se puso encima de la cuna, con las patas abiertas, a dejar que el niño mamase de sus ubres.

Cuando el niño, satisfecho, dejó de mamar, volvió la cabra la cabeza, lo miró como una persona, y se fué a reunir con sus compañeras.

Todo iba bien; pero llegó la hora de recoger el hato, y el dueño, al pasarle revista, dijo al pastor:

—¿Por qué viene vacía esta cabra? ¿Es que no te basta con lo que te doy? Te pago, te doy de comer y encima te bebes la leche de mis cabras.

El pobre pastor hizo toda clase de protestas, pero ninguna le valió. En realidad, él no sabía cómo ni cuando había sido ordeñada. Tuvo que callar y oír que el amo le dijese:

—¡Bueno! Mañana te quedas a trabajar aquí. Guardaré las cabras yo mismo. Será lo mejor.

A la mañana siguiente condujo personalmente el rebaño. Estuvieron paciendo las cabras hasta el mediodía, y llegado esta hora, bajaron al río a beber como siempre. En esto, apercibe el amo que una de ellas se separa. Era la misma que llegó ayer sin leche a la casa. La siguió y pudo ver el espectáculo que nosotros ya conocemos: la cabra despatarrada sobre la cuna del niño dándole su leche.

A la extrañeza del hombre siguió la alegría. Recogió aquel niño abandonado y fué con él y con el rebaño a casa, contento de que su pastor fuese un hombre leal. Deseaba verlo pronto para estrecharle la mano.

—Dame esa diestra y ten un jornal de regalo —le dijo al llegar a la casa—. Mañana mismo recorres las cercanías a ver si damos con los padres de la criatura. Yo guardaré el rebaño mientras tanto.

No tardaron muchos días en averiguar quiénes eran los padres. El dueño de las cabras fué a verles y les dijo:

—Aquí os lo entrego, criadillo bien; yo os ayudaré con algún dinero todas las semanas, y cuando sea mayor dejadlo a mi servicio, que haré de él un hombre de provecho.

Pasaron los años. El chico se hizo un mozo robusto y ágil, tanto de cuerpo como de inteligencia. Estaba desde hacía tiempo al servicio de su bienhechor. El antiguo propietario de las cabras había ido aumentando sus propiedades y llegado a ser uno de los hacendados más ricos del pueblo.

Un día el virrey pasó por aquellas tierras donde tenía fincas de labor, y fué alojado en casa del ricacho donde servía el mozo amigo nuestro. Desde el primer día supo éste ganarse la voluntad del virrey con su afecto, su modestia y su gran deseo de ser útil en todo.

¿Cuál no sería su sorpresa cuando supo quién era! Estaba un día el virrey haciendo un gran elogio del muchacho al dueño de la casa, y éste le dijo:

—En realidad es un chico extraordinario, y no sólo ahora, sino desde su niñez. Yo le encontré en la orilla del río...

El virrey quedó consternado al saber que se trataba del niño arrojado al río por él. Ya no habló más; quedó pensativo, buscando en su imaginación una manera de matarle.

Como no era tonto, y además era muy malo, pronto tuvo una ocurrencia criminal. Escribió una carta a su mujer en la que decía: «Manda que den muerte en seguida al portador de esta carta, y cuando le maten, haz que disparen unos cañonazos para que yo lo sepa y me regocije».

—Yo necesitaría un hombre de confianza que llevase esta carta a mi mujer —le dijo al hacendado.

—Pues nadie más a propósito que el muchacho este de que hemos hablado; es discreto, leal y rápido en sus empresas.

—Me parece bien. Yo no había pensado en él. Que venga para recoger la carta y que tome mi caballo.

El joven recogió la carta y salió al galope, llevando, sin saberlo, la orden de su muerte.

El galope del caballo y el sol rabioso que caía sobre la llanura, produjéronle una sed terrible. Por fortuna, dió con arroyuelo y unos árboles. Bajó del caballo, bebió cumplidamente y echóse bajo un árbol para descansar unos minutos. Aquellos minutos se prolongaron un poco, porque se quedó dormido. Mientras dormía, sucedió algo extraordinario. Vino un negro, le quitó la carta del virrey con mucho cuidado, y se puso a redactar otra que decía:

«Recibe con toda clase de honores al joven portador; ofrécele un banquete magnífico y despósale con nuestra hija. En el mismo instante en que se efectúe la boda, manda disparar los cañones para que yo los oiga y me regocije. Siento no asistir a la ceremonia, pero altos deberes de Estado me retienen en este sitio y me obligan a procurar ese matrimonio rápidamente.»

Cuando el negro terminó de escribir, dobló y pegó la carta en la misma forma que la otra, la metió en el bolsillo del durmiente y se alejó.

Poco después despertó el joven y, sin sospechar nada, montó en el caballo y partió como una flecha a fin de ganar el tiempo consumido en dormir. Llegó al palacio del virrey, dijo que había de entrar la carta personalmente a la esposa de éste y le hicieron pasar a un salón riquísimo.

La virreina le recibió al principio como uno de tantos emisarios, sin importancia; pero a medida que fué leyendo la carta, cambió de semblante y al terminar le dió un abrazo, le mostró la carta y le dijo:

—Ahora mismo te llevaré a tus habitaciones. Voy a llamar a mi hija para que conozca a su futuro esposo, y a dar órdenes para que todo lo demás se cumpla según el deseo de mi marido.

A las pocas horas celebró el festín con todo lujo y alegría. El joven, sentado junto a su futura, casi no comió; no podía separar los ojos de aquella cara tan bonita y de aquellas manos tan finas y tan ágiles. Cuando aquella misma tarde se celebró la boda, todavía le parecía al infeliz que se hallaba sumido en un sueño agradable pero absurdo. Ni siquiera las estruendosas y repetidas salvas de los cañones le sacaban de su éxtasis.

Estos cañonazos produjeron en el ánimo del virrey ausente un júbilo inmenso. Ellos le aseguraban que su enemigo estaba muerto definitivamente. Qué espantosa sorpresa la suya, cuando tres o cuatro días después llegó a su casa, y no sólo le vió sano y contento, sino esposo de su única hija. Realmente, la cosa era como para tirarse de los pelos. Sin embargo, supo disimular. Tuvo palabras de cariño para su yerno y para todos. Asistió a la primera comida y mostróse regocijado y hablador. Pero en cuanto pudo se retiró a su cuarto y se puso a meditar en un nuevo modo de desprenderse para siempre de aquel sujeto que estaba destinado a matarle y a heredar su cargo de virrey.

Después de largas cavilaciones llamó a un herrero y le dijo:

—Mañana irá por tu casa un joven a recoger tal objeto; dile que no está listo, que se espere allí un poco. Tú agarrarás el martillo más gordo que tengas y le darás un martillazo mortal en el cráneo. Después, le cortarás la cabeza y la meterás en un saco. Ya la recogerá un segundo criado mío.

Por la noche, después de la cena, llamó a su yerno y le dijo:

—Quisiera que mañana temprano, bien temprano, fueses a recoger un objeto precioso a casa de tal herrero.

—En cuanto amanezca iré a recogerlo. Adiós y buenas noches.

Apenas apuntaba el día y ya el pobre joven se dispuso a levantarse; pero su mujer le retuvo diciéndole que era temprano todavía y que durmiese un poco más.

Entre tanto se despertó el virrey, llamó a un hijo menor que tenía, y le preguntó si su cuñado había ido a casa del herrero.

—No lo sé; voy a enterarme —repuso el muchacho; y fué a las habitaciones de los recién casados.

—¿Has ido, hermano, a casa del herrero?

—No; todavía no, pero voy al instante. En media hora estoy lavado y vestido.

Pero el hijo del virrey pensó que sería mucho más práctico adelantarse él, porque su cuñado tardaba mucho tiempo en asearse y vestirse. De modo que salió. El herrero estaba ya en espera. Vió venir a un joven, preparó el martillo, y cuando supo que venía de parte del virrey, le dijo que se aguardase un poco porque el objeto no estaba listo. Anduvo de acá para allá, como quien se ocupa de algo, y en un momento propicio le asestó un martillazo que le dejó muerto. Luego le cortó la cabeza y la metió en un saco.

Vino después el otro joven (que era nuestro amigo), recogió el bulto y se lo presentó al virrey, el cual, por poco desfallece. También esta vez había fallado el golpe. No por esto desistió. Aquella misma noche le dijo a su palafrenero:

—Si los caballos piafan, déjalos, a ver si mi yerno, desesperado por el jaleo, baja a tranquilizarlos. Tú, escóndete tras la puerta de la cuadra con un mazo de hierro, y si baja, pégame en el cráneo con todas tus fuerzas.

—Comprendo, señor. Así se hará.

Los caballos, en efecto, comenzaron a piafar a media noche, con tanta fuerza, que el virrey le dijo a su yerno que bajase a tranquilizarlos. Inocente de lo que podía sucederle, iba a bajar, pero su mujer le dijo que aguardase un poco, que ya se calmarían solos. Y así pasó.

Cuando el virrey dejó de oír a los caballos, pensó que su yerno había bajado y que, por consiguiente, había caído bajo la maza del palafrenero. No pudo resistir la tentación de ver el resultado de aquella maniobra y bajó a las caballerizas. El resultado fué terrible, pues al cruzar la puerta, el palafrenero le dejó caer su maza en la cabeza y lo mató. El yerno, desde el día siguiente, asumió el cargo y la autoridad del virrey. De este modo se cumplió la profecía del hada, la cual dijo que suplantaría al virrey. Desde entonces tuvo una vida feliz, tan feliz como yo os la deseo a vosotros.



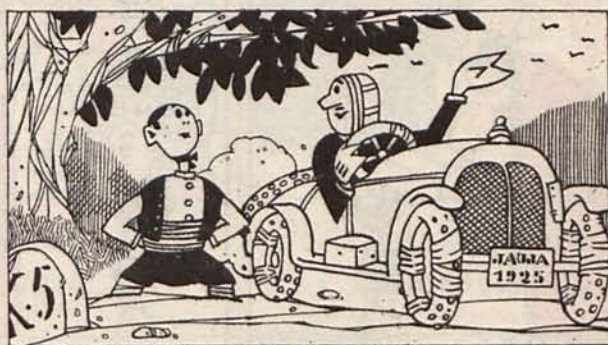


# BUENOS Y MALOS



—La sordera que usted padece, ¿es de nacimiento?

—¡No, precioso; es del oído!



—Oye, jovencito, ¿sabes si esta carretera es la de Masuqueque?

—¿Cómo sabe usted que yo soy jovencito?

—¡Hombre!, porque lo he adivinado.

—Pues adivine también cuál es esta carretera.



—¿Qué haces, granujilla? ¿Me estás cogiendo las peras?

—No, señor. Es que se habían caído al suelo y las estaba colocando en su sitio.



—¡Chachal! ¿Está malita esa pastilla de jabón?

—¿Por qué lo dices, rico?

—Porque desde ayer se ha puesto muy delgadita.



—¿Cuántas son las partes del mundo?

—¡Cinco!

—Muy bien. Enuméralas.

—Pues... una... dos... tres... cuatro... y cinco...



—¿Llevaste la carta que te entregué?

—Sí, señora; pero no sé si la va a poder leer, pues casi no ve.

—¿Cómo lo has notado?

—Porque cuando entré en el despacho me dijo: «¿Y la gorrita, nene...?» Ya ve usted; la llevaba puesta y no la veía.



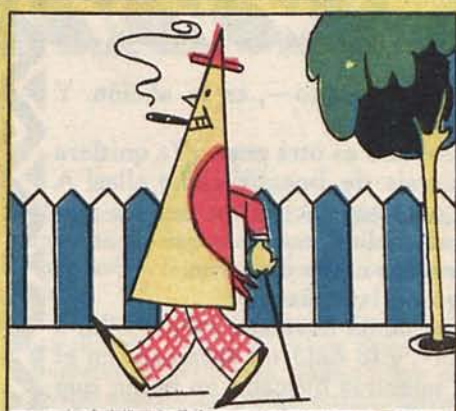


# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





# ESTO QUE VEREIS AQUÍ LE PASÓ A DON PIRULÍ



Pirulí que es decidido  
quiere jugar un partido



Y forma con mucha vista  
un equipo pinochista



Desafía de buena fe  
al Padioescucha F.C.



Se jugará el campeonato  
de la gran calle del Gato



El premio será una copa  
llena de vino ó de sopa



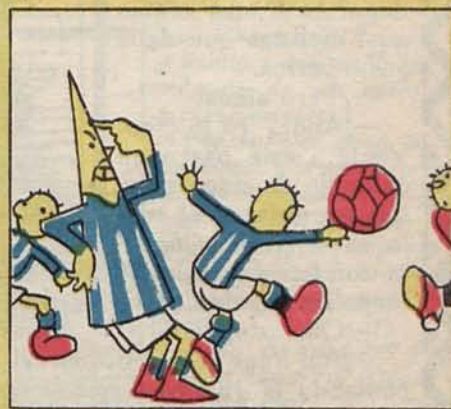
Don Turulato ha venido  
a dirigir el partido



Actúa como portero  
Serafin el pinturero



Ya suena el primer pitido  
y da principio el partido



Pirulí tiene una idea  
que no le parece fea



A desarrollar empieza  
un buen juego de cabeza



Y con el balón clavado  
corre como un condenado



Logra meter con primor  
este magnífico "gol"



# LAS GRANDES ENTREVISTAS

## UN GUARDA DEL RETIRO

Como he de llevar una entrevista a PINOCHO, y el acierto está en la elección del personaje entrevistado, me voy al Retiro a meditar entre los árboles altotes del hermoso Parque madrileño. ¿Quién ha de ser el elegido? Naturalmente, surge la idea: entrevistaré a un niño de la Luna. Lo malo del caso es que hoy no dispongo de los elementos de aeronáutica necesarios. Lo dejaremos para otro día. Entonces..., entonces... ¿con quién? En esto me cruzo con un guarda. Tal vez, a este guarda le hayan ocurrido cosas interesantes con los niños malos y con los niños buenos. Si yo me atreviera a entrevistarle... Claro que como la chiquillería ha hecho grandes barrabasadas a los guardas del Parque, me expongo a que me diga: —Niñito, déjame en paz y sigue tu paseo.

Pero como por otro lado puede decirme cosas pintorescas, me decido a entrevistarle sin que él lo note, como si estuviéramos hablando particularmente.

—Muy buenas tardes. ¿Hace el favor de decirme a qué horas se puede venir en bicicleta por este paseo?

—Por éste, a cualquier hora.

—Gracias. ¿Vienen muchas bicicletas?

—Hombre..., regular. Con esto del fútbol, se nota aquí mucha decadencia de los demás deportes. Antes venían aquí ciclistas que daba gusto verlos.

—¿Pero niños?

—¡Anda! Ya lo creo. Venía a este paseo un chiquillo de cinco años, que escribía en el suelo su nombre: *Chapete*, con letras grandes, y luego las seguía con la bicicleta admirablemente.

—¿Qué estupendo!

—¡Ah! Pues venía otro, un tal Pinocho —siguió contando el guarda—, que se empeñaba en hacer más que Chapete, y escribía su nombre montado, sin trazarlo antes con un bastón. Pero se echaba a llorar luego, porque no podía poner el punto de la «i» sin bajarse de la máquina.

—¿Y no lo llegó a hacer?

—¿Cómo que no? Lo hacía. ¡Ya lo creo! Ponía el punto con la nariz, que la tenía muy larga...

Yo río, sin decirle a este buen hombre que conozco a esos dos enemigos; pero que desconocía sus habilidades.

—Y ahora se juega mucho al fútbol, ¿eh? —le pregunto.

—¡Eso es furor, muchacho! Yo he hecho una prueba, que te voy a contar. El otro día terminé de leer un periódico, hice con él un «rebuñito», lo dejé en medio del paseo y me escondí detrás de esta hojarasca. En seguida pasó un niño y lo dió una patada hacia allá. Luego vino otro y lo pegó hacia acá. Luego llegaron dos y se hicieron unos regates con ello. Y, por fin, llegaron cuatro, pusieron las chaquetas para marcar las porterías, y jugaron un

partido con el periódico que acababa de tirar. ¿Te parece bien?

—Claro —le dije sonriendo—, es la afición. Y las niñas, ¿a qué juegan?

—Oh, amigo mío! Eso es otra cosa. ¡Ya quisiera yo que vosotros fuérais de buenos como ellas! A veces, pasean por aquí sus cochecitos con las muñecas con mucha más delicadeza de la que las amas ponen para pasear a los niños de carne.

—Cuénteme algo de las niñas.

—El otro día, una niñita llevaba en cochecillo a su hijita de «biscuit», y lo dejó un momento en el paseo de «autos», mientras buscaba un balón que había olvidado en un banco. En esto, pasa una «moto» con sidecar, tropieza al coche de la muñeca,

lo tumba y lo arrastra unos metros... ¡Qué grito tan aterrador dió la niña! La gente creyó que se trataría de un nene de carne. La mamá de la muñeca, al ver que ésta tenía una pata rota, se empeñó en que habían de llevarla al médico. Gracias a que pasaba por allí un buen caballero que dijo era doctor y vendió la herida con un trapito que le dió una criada que tenía allí la bolsa de la labor.

Al terminar el guarda este relato, pienso yo que estas noticias debían ser enviadas a PINOCHO para su publicación, diciendo: «*Muñeca rota*». —El otro día, una motocicleta cruel arrolló al cochecito de la muñeca de Adelita, que resultó con roturas, etcétera, etc.

—¿Qué día le han dado más guerra los chicos?

—le pregunto para acabar.

—¡Calla! No me lo recuerdes. Suele venir por aquí una pandilla, que los guardas ya conocemos por «Pilitos y sus amigos», que nos ha dado mucho que hacer. Pero el día peor fué cuando ataron diez patos por las patas, unos con otros. Los patos iban por el estanque, y como no se les veía la cuerda, todos estábamos tan extrañados. ¿Qué les pasará? —nos preguntábamos. Vinieron domadores, veterinarios, profesores de Historia Natural...; pero nadie se explicaba aquella faena de los patos, que parecía iban en procesión. Y pasó una semana, y los patos sin separarse. Hasta que un día fueron a cruzar un camino, fui yo a cruzar entre ellos, tropecé con el cordel y nos caímos todos rodando.

—¡Qué malos fueron esos niños! ¿Verdad? —digo yo para que esté contento conmigo el guarda. Pero él dice:

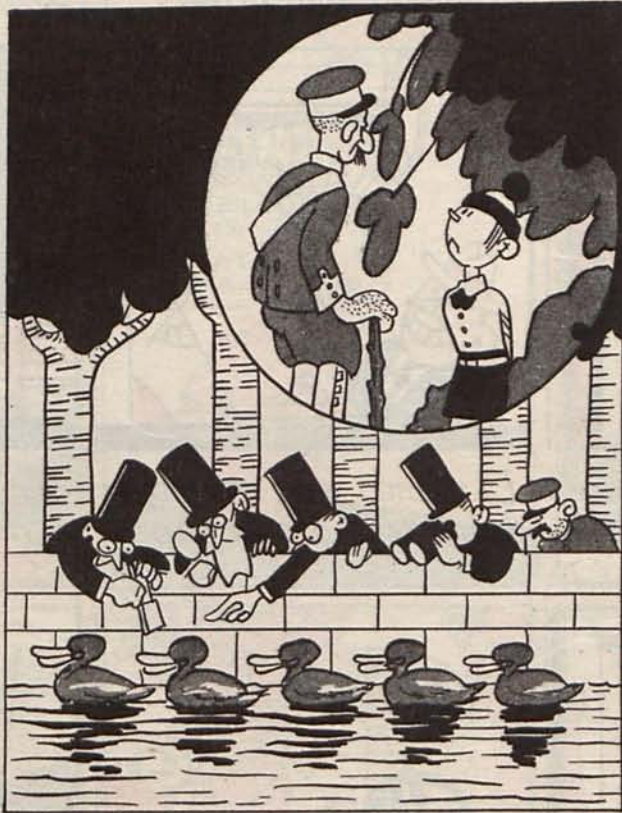
—¡Mira, mira! Aquellos son. Voy detrás de ellos.

—¿Para que no hagan algo malo?

—¡Ca! Porque lo paso muy bien.

Y desaparece, escondiéndose entre los árboles para no ser visto por Pilito.

CHONÓN EL CURIOSO.





# HISTORIAS DE ANIMALES

## POR QUÉ SE MUEREN LOS EQUIDNOS

No creáis que se trata de un bichejo inventado por mí para pasar el rato. Aunque pequeño, existe y pertenece a la honorable familia de los monotremas, o mamíferos ovíparos.

Para encontrarlo, es preciso darse un paseo nocturno por Australia, por Tasmania o por Nueva Guinea. Si tenéis mucho interés en verlo vivo, podéis hacer el viaje. Yo estoy muy ocupado ahora y no puedo acompañaros.

Digo que es necesario irle a ver allí, porque no se da el caso de encontrar equidnos en Europa, y los pocos que traen, fallecen al poco tiempo de desembarcar.

Los sabios se han preocupado mucho de este accidente, que les impide poder estudiar el interesante animalito, sin que haya que irle a buscar en su propia salsa. Unos dicen que el equidno se muere cuando lo traen, por la diferencia entre el clima de Europa y el de Oceanía; otros, que lo mata el disgusto de verse separado de su familia, con la que suele ser muy cariñoso. Algunos opinan que es la cautividad de las jaulas de los parques zoológicos la que le produce una melancolía espantosa; otros creen que se trata de que el equidno no es alimentado como en su país, y todo le cae mal en el estómago, aunque sean patatas fritas.

Y el caso es que equidno que trae algún sabio, vive unos cuantos días, y luego, a pesar de todos los cuidados que se le dedican, fallece de la noche a la mañana, y no queda más recurso científico que el de disecarlo.

Pero yo os voy a decir lo que aquí pasa. Lo que ha venido siendo un problema, no lo será desde ahora. Veréis.

Resulta que el equidno es un simpático bicho, que mide cerca de medio metro. Tiene el cuerpo cubierto de púas, como los erizos. Sus patas acaban en uñas, como las de las aves. Su pico parece el de un pato. Cava agujeros, como los topos, y pone huevos, como las gallinas. Su color es amarillento.

Pues bien: llega un equidno a Europa; se le recibe con toda solemnidad, se le exhibe y, por último, pasa a enriquecer la colección de un parque zoológico, donde antes de quince días languidece y muere.

¿Qué le pasa en el parque?

Al principio se encuentra muy bien y es feliz. Le dan hormigas para comer y, además, leche. Todo el mundo, enterado de su llegada, va a visitarle y le dedican los más agradables elogios.

—¡Qué mono es!

—¡Con sus cuatro patas!

—¡Mira, mira cómo anda!

(A lo mejor le cambian de nombre, como una señora que oí enseñar a su hijo la Casa de Fieras, y al llegar a la jaula del leopardo, el niño preguntó:

—¿Y ése, cuál es?

Y la madre, al levantar la cabeza y ver escrito el sitio de donde procedía el animal, contestó:

—El *Fernando Póo*, hijo mío.)

Cuando llega la noche, los demás animales del jardín zoológico, entre los que se ha cundido la voz de que hay un bicho nuevo, acuden a ver al equidno, que se pasea muy ufano en su jaulita.

El está seguro de provocar en los animales la misma admiración que ha conseguido de los hombres; pero el pobrecillo equidno se equivoca de medio a medio.

Se le acerca el erizo, y resulta que los dos se parecen bastante. Esto indigna al erizo, que grita ferozmente:

—¡Infame! ¡Vas disfrazado! ¡Dame mis púas! ¡Esas son púas de erizo, digas lo que quieras!

Después, llega el pato, que exclama iracundo:

—¿Qué pico es ese? ¿De dónde has sacado un pico así? ¡Dame mi pico, miserable! ¡Eso es un pico de pato! ¡Venga, venga!

Luego, las aves graznan desde sus árboles:

—¡Embustero! ¡Falsario! ¡Esas no son tus patas, sino nuestras garras! ¡Vengan nuestras garras!

El pobre equidno procura defenderse, ocultándose en un rincón seguro de su jaulita; pero desde fuera continúan los animales del parque gritando y exigiendo la devolución de sus miembros más importantes.

Por si fuera poco, a sus amenazas y a sus imprecaciones se unen las gallinas, que cacarean como vecinas que riñen, y los topos, que llegan palpándolo todo y con su piel especial para sombreros:

—¡Es un imitador! ¡Pone huevos, como yo! ¿Dónde se ha visto eso?

—¡Y tan imitador! ¡A mí me ha copiado la manera de hacer agujeros! ¡Miserable!

Y, luego, no hay más que

una terrible algarabía. Todos piden que les devuelvan lo suyo, y piden, además, su muerte.

El pobre equidno, que no se espera nada de aquello, y que en el fondo de su conciencia de monotrema se creía un bicho original, rompe a llorar amargamente:

—Ni mis patas, ni mi pico, ni mis púas, ni nada es mío. Además, no puedo poner huevos, que es lo que más me gusta, ni puedo cavar agujeros, que me entretiene tanto... ¿Qué puedo hacer yo sin nada de esto? ¡Prefiero morir!

Entonces, entre el grito de toda la fauna, el equidno se arranca una púa y se la traga, como esos que se tragan un sable en los circos.

Y muere atravesado de parte a parte, como en un duelo a florete.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.





# PROGRAMA PARA HOY

Tartarín  
el  
andarín  
¡sensacional!

# GRAN CINE



## TARTARÍN EL ANDARÍN

Tartarín era flaco; tenía los ojos rasgados como los de un chino y la boca grande como una sandía calada de extremo a extremo. Era botones de un continental de Tipi-Sol, que es una gran ciudad civilizada.

Fué el botones que más de prisa llevó los recados. Los llevaba mucho antes que los ciclistas y que los «taxis». Tartarín era tan veloz que, cuando había que telefonar, el dueño del continental decía: «¡Nada de teléfono; eso es muy pesado! Que vaya Tartarín.

Y Tartarín llevaba las contestaciones en un papel. Así, por ejemplo, el señor Muñoz escribía en un pliego: «Señor Pérez. ¿Cómo está usted?» Tartarín cogía el papel y volaba con él a casa de Pérez. Y Pérez escribía en dicho papelito: «¿Me hace el favor de decirme con quién estoy escribiéndome?» Tartarín volaba a casa de Muñoz, que contestaba así: «Con el señor Muñoz. Quería preguntarle si podría venir a la oficina a las cuatro y media...»

Tartarín iba y venía, iba y venía, iba y venía..., y lo hacía con tal velocidad, que se tardaba casi tan poquito como en un diálogo por teléfono y era más seguro. Porque en el teléfono ya se sabe que muchas veces no contestan.

Llegó luego el gran invento de la telefonía sin hilos, y Tartarín andaba triste.

—¿Qué te pasa? —le preguntaban.

—Que tengo mucha rabia. La telefonía sin hilos es más veloz que yo, porque a un mismo tiempo va a mil casas. —Además, llega más lejos que tú —le dijeron para que rabiera.

—Eso no —contestó él—. Yo voy tan lejos como el que más.

Y sucedió que un día se acercó al dueño del continental y le dijo:

—Don Zenón: siento decirle que me voy de la casa.

—¡Hombre! ¿Y por qué es eso? Tú ya sabes que aquí te apreciamos mucho.

—Pues le voy a decir la verdad: es que ya estoy cansado de andar tanto.

—Y ahora, ¿qué vas a ser?

—Pues... andarín.

—¡Atíza! No lo comprendo.

El caso es que Tartarín se hizo unas tarjetas que decían:

### Tartarín el Andarín

Tartarín cogió un embudo, y se preparó para caminar.

Los que le despidieron a la puerta del pueblo le preguntaron llenos de curiosidad:

—¿Y para qué es el embudo?

—¡Oh! Para muchas cosas. Para ver por él como por un anteojito. Para atender a los sonidos más tenues aplicándomelo al oído como una trompetilla de sordo... Para beber.

—¿Para beber?

—¡Oh, sí, sí! Aquí se puede beber más tiempo que en una camtimplora. Aplico lo ancho a la fuente y yo bebo por lo estrecho.

—¡Muy bien, muy bien! ¿Y no te sirve para nada más?

—¡Ya lo creo! Yo llevo una espadita vieja y el embudo me puede servir de cazoleta, metiendo la hoja de la espada por él. Así no me arañarán la mano las garras de las fieras.

—¡Magnífico, magnífico! —dijeron a Tartarín sus amigos. El cual abrazó a todos, y partió camino adelante diciéndoles:

—Voy a dar la vuelta a la tierra. Salgo por un extremo de esta calle, que es la Calle de Pinocho, y entraré por el otro extremo dentro de un mes justo; el 30 de abril estaré de vuelta en Tipi-Sol. Me apuesto un sombrero de copa lleno de perlas...

Tartarín el andarín comenzó su marcha rápida, atravesando pinares, siguiendo carreteras y subiendo por las rocas.

Lo malo fué que pronto se encontró un río de diez metros de ancho. Pero no le importó nada. Para eso llevaba un trajecito de baño debajo del suyo.

Se quitó la ropa, se la puso sobre la cabeza como esas mujeres que llevan cántaros, y atravesó tranquilamente.

Después entró en un gran desierto, y seguía derecho, derecho, sobre la línea recta sin trazar que era su camino.

Por lo cual se encontró con un león que estaba tumbado, durmiendo al sol, en esa recta que Tartarín tenía que seguir para no perder la dirección que da la vuelta a la tierra.

Preparó la cazoleta en la espada, y siguió su camino serenamen-

te. El león sintió pasos, miró de reojo, y como no había visto jamás ningún hombre, se quedó tan tranquilo, con un gesto de curiosidad en el hocico. Por cierto que cuando el animal contó a sus hermanos lo que había visto, todos le dijeron:

—¡Pero, tonto! ¡Estúpido! ¿No sabes que se trataba del hombre? Haberle mordido, aunque no fuera más que en la pantorrilla... ¡Soso!

—Otra vez será. Yo no sabía lo que era.

Siguió Tartarín caminando, y encontró un cerezo lleno de bolitas rojas. Había que subir por ellas. Pero para que no se le olvidara la dirección que había que seguir al descender del árbol, dejaba la espada en el suelo, apuntando el camino, que había de ser como un cinturón para la tripa de la tierra.

Se llenó las orejas de cerezas, como los niños con el postre, y con los pendientes rojos emprendió de nuevo el camino que le había de llevar a Tipi-Sol después de rodear el planeta. Y caminando, caminando, iba quitándose las joyas —las cerezas—, para ir comiendo.

Por fin llegó a una ciudad, entró por la Calle del Piñón, y se aprendió este nombre, para salir al día siguiente por el otro extremo de la misma calle.

Para dormir dió su tarjeta al alcalde, y el alcalde dijo:

—Vendrás muy cansado, ¿verdad, Tartarín?

—Sí, señor.

—Pues acéstate en mi sillón de la alcaldía y ponés los pies en el sillón del teniente alcalde. ¡No faltaba más! Yo protejo mucho a los andarines, porque pueden hacernos un favor. Por ejemplo, que lleves una tinajita de aceite al pueblo de al lado.

—Ya lo creo; si señor —respondió Tartarín, pensando en tirar la tinaja en cuanto no le vieran, si se la llegaban a dar. Que no se la dieron.

Con el auxilio constante y múltiple del amado embudo, Tartarín fué dando la vuelta al mundo por lo más «gordo» de la bola terráquea. Como algunos llevan el reloj sujeto a la cadena, él llevaba su taco de calendario. La hora la sabía por el sol. Lo que él necesitaba era saber qué días le faltaban para el 30 de abril. Al final tuvo que apretar un poquillo, porque imaginaba que le faltaban días.

Desde lo alto de un monte, el día 29 vió un pueblo. Le pareció exactamente Tipi-Sol: sus torres, sus árboles enormes, su río brillante... Se quedaría a dormir en unas hierbas blandas, y descendería a la mañana siguiente. Y llegó el día 30, y descendió buscando la Calle de Pinocho, por donde había de entrar. Pero ésta no resultó la calle que él conocía: ésta tenía colgaduras de colorines, arcos de hiedra, banderas policromas...

—No, no: ésta no es la calle..., éste no es el pueblo... —pensó—. Aquí había un balcón de hierro, y ahora lo que hay es una cortina azul... Atravesemos el pueblo, que éste no es Tipi-Sol.

Y Tartarín atravesó la ciudad y siguió andando, andando, andando..., sin perder la recta.

Y llegó el 1.º de mayo, y el 2, y el 3..., y el pueblo no aparecía. Y he aquí que, a los dos meses justos de haberse echado a caminar —el 30 de mayo—, Tartarín volvió a ver el pueblo que había visto el 30 de abril. Entonces pensó:

—¿Qué cosa tan rara! Aquí está la ciudad que se parece a Tipi-Sol. ¿Es que no habré seguido bien la dirección recta en el caminar? ¡Eal! Bajaré a ese pueblo y haré lo que no he hecho en dos meses: preguntar que dónde está Tipi-Sol.

Bajó, y lo primero que vió fué la calle de Pinocho... ¿Entonces?... Inmediatamente, se encontró con un amigo que le gritó:

—¡Hola, hola, Tartarín! ¿Cómo no viniste el 30 de abril? Todo el pueblo te esperaba engalanado con banderas.

Tartarín se entristeció y comprendió que había hecho el ridículo. Había pasado por su pueblo el mes pasado, y no lo había reconocido. Y en la segunda vuelta al mundo entraba triunfante..., pero sin galas ni fantasías.

Además, en abril pasó por su pueblo en el momento en que la gente estaba en el campo de fútbol, para presenciar un partido que se celebraba en su honor. Por eso no había nadie por la calle.

¡Pobre Tartarín! ¡Qué mala suerte! ¡Había dado dos vueltas!!

¡¡HA TERMINADO!!

ANTONIO ROBLES.





# CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

## DIBUJOS



La iglesia de mi pueblo.  
MANUEL NOGUERA.  
Trece años.  
18. D. Sección B.



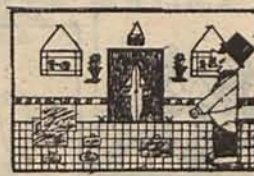
Esperando PINOCHO.  
JOSÉ BARRILERO.  
Doce años. Guadalajara.  
219. D. Sección B.



Mi hermanito.  
CARLITOS G.  
8 años. Madrid.  
220. D. Sn. A.



El goblin.  
RAFA C. GONZÁLEZ-CAMINO.  
Siete años. Madrid.  
221. D. Sección A.



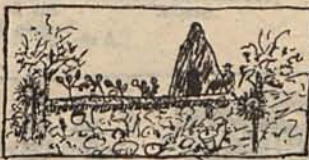
El Barón de la Castaña.  
LUIS LORENZO.  
Catorce años. Lugo.  
222. D. Sección B.



Mi papá.  
JOSÉ LÓPEZ.  
Once años.  
223. Sn. B.



Pinocho y un Pinochista.  
DIONISIO ORTIZ.—11 años.  
Córdoba.  
224. D. Sn. B.



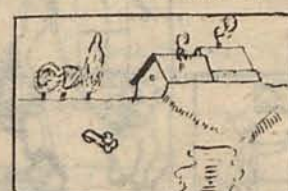
Un melonar.  
IGNACIO HERNÁNDEZ.  
Siete años.  
225. D. Sección A.



Momento de un partido.  
M. GARCÍA.  
Doce años. Palencia.  
226. D. Sección B.



Una iglesia.  
J. CRESPO.—15 años.  
Pontevedra.  
227. D. Sn. B.



La casita de mi pueblo.  
ANTONIO GALLARETA.  
Once años. Santander.  
228. D. Sección B.



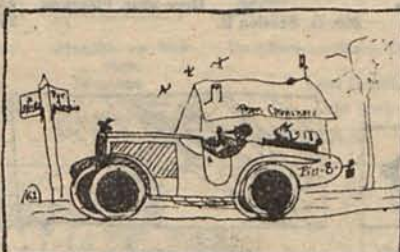
Un pollo bien.  
EDUARDO DE ORDUNA.—Diez años.  
Madrid.  
229. D. Sección B.



Un obsequio de tu amigo Pinocho.  
M.ª DEL PILAR TREPAT.—Doce años.  
Barcelona.  
230. D. Sección B.



Un trovador cantándole a Pinocho.  
MERCEDES Y CUCHA REV.—13 y 6 años.  
Coruña.  
231. D. Sn. B.



Pinocho, en auto.

JOSÉ LUIS RIÑÓN.  
Nueve años. Málaga.

232. D. Sección A.



La noche en el campo.  
JOSÉ M.ª AGUIRRE.  
Trece años. Bilbao.  
233. D. Sección B.



En la aldea.

PAQUITO AZORIN.  
Once años. Córdoba.  
234. D. Sección B.



Un león.

A. VARA DE REY.  
Trece años. Madrid.  
235. D. Sn. B.



Marujita.  
ISABEL LASTRE.—Diez años.  
Alicante.  
236. D. Sección B.



Una merienda.

M.ª CRISTINA MONTERO.  
Doce años. Madrid.  
237. D. Sección B.



Mi barco de vela.

MARÍA COELLO.  
Once años. Madrid.  
238. D. Sección B.



El Barón.

FÉLIX GARCÍA.—13 años.  
Madrid.  
239. D. Sección B.



Margarita.

ISABEL L. Y L.  
Diez años. Alicante.  
240. D. Sn. B.



Ocaña, por

J. MARTÍNEZ.  
Catorce años.  
241. D. Sn. B.



Un encuentro.

CIRO.  
Doce años. Sevilla.  
242. D. Sección B.



Gran «estirada».

R. DÍAZ.  
Doce años. Coruña.  
243. D. Sn. B.



Currinche se siente flamenco.  
LEOPOLDO REAÑO  
Once años. Toledo.  
244. D. Sn. B.



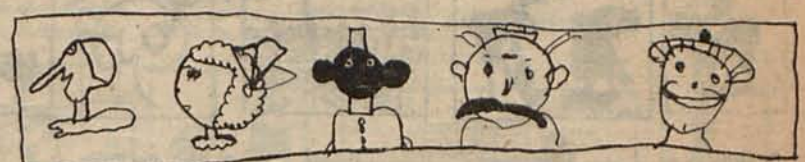
Un piel roja.  
ANTONIO VILDÁSOLA.—  
Trece años. San Sebastián.  
245. D. Sn. B.



A buscar vino.  
CONCHA VILDÁSOLA.—Quince años.  
San Sebastián.  
246. D. Sn. B.



Un pariente de Currinche.  
RUBÉN M. BUSTELOS.—Buenos Aires.  
247. D. Sn. B.



Mis amigos

MERCEDES BAILÓN.  
Diez años. Melilla.



Pirula, juega.  
ADELA DUEÑAS.  
Diez años. Alcalá de Henares.  
249. D. Sección B.



Retrato de S. M. la Reina.  
I. L.  
Diez años. Alicante.  
250. D. Sección B.



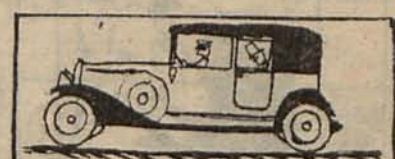
Pinocho, por  
MARIANO.  
Once años. Valladolid.  
251. D. Sn. B.



Un borrico.  
MANUEL NIETO MOLINA.—Nueve años.  
252. D. Sn. A.



Una gran figura.  
I. MARTÍNEZ.  
Catorce años.  
253. D. Sn. B.



Mi auto.

ANGEL MARTÍNEZ.  
Diez años. San Sebastián.  
254. D. Sección B.



Roequeso.

JOSÉ BARRILERO.  
Doce años.  
255. D. Sección B.





Mis amigos.  
CONSUELO ALONSO.  
Doce años. Madrid.

256. D. Sección B.



En la calle.  
GREGORIO PECHS.  
Trece años.

257. D. Sección B.



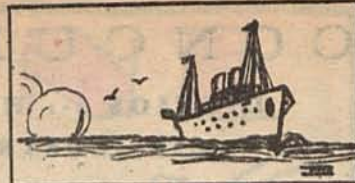
D. Quijote y el león.  
PILI PEÑA.  
Doce años.

258. D. Sección B.



Vapor Pinocho.  
LUIS SAGRA.  
Diez años. Coruña.

259. D. Sección B.



Un barco.  
EUGENIO MORALES.  
Once años. Madrid.

260. D. Sección B.



Ramper.  
PACO SOLER.  
Siete años.  
Barcelona.

261. D. Sección A.



Viaje por la estepa.  
AGUSTÍN CASES.  
Once años.

262. D. Sección B.



El regalo.

ARMANDO GARCÍA.  
Doce años. Soria.

263. D. Sección B.



Mis amigos.  
JOSÉ SERRANO CUBILLO.  
Sevilla.

264. D. Sección B.



Cañero.  
JOSÉ GRAU.  
Doce años.  
Sitges.

265. D. Sección B.



Guardacosta.  
ENRIQUE DELGADO.  
Nueve años. Cartagena.

266. D. Sección B.



Una lección.  
M. P. y M. S.  
Diez y once años. Barcelona.

267. B. Sección D.



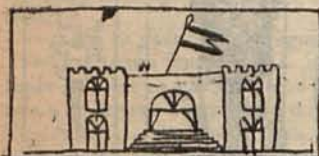
La obsesión de mi hermano Félix.  
JAIME SÁNCHEZ.  
Doce años. Plasencia.

268. D. Sección B.



China y española.  
PATROCINIO MORALES.—13 años.

268. D. Sección B.



El castillo de Pirula.  
JOSÉ CARRILLO.  
Ocho años. Córdoba.

269. D. Sección B.



270. D. Sección A.



Los héroes.  
JOSÉ MARÍA MEDIOLA.  
Nueve años. San Sebastián.

271. D. Sección B.



El ángel ayudando a Pinocho.  
JUAN HIDALGO.  
Doce años.

271. D. Sección B.



Pinocho en el  
tennis.  
ELIA ALONSO.—15 años.  
Palencia.



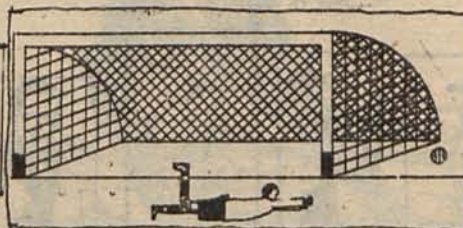
Lo que traen las ondas.  
ALFONSO PLAZA.  
Once años. Madrid.

273. D. Sección B.



Un molino.  
ANDRÉS LÓPEZ.  
Diez años.  
Cartagena.

274. D. Sección B.



Una buena parada.

JULIO POYO.  
Trece años. Madrid.

275. D. Sección B.



La casa de Chapote.  
MERCEDES BAILÓN.  
Diez años.  
Coruña.

276. D. Sección B.



El papá de Cu-  
rrinche.  
MERCEDES y Cu-  
rrinche.  
Coruña.

277. D. Sn. B.



Un guardia.  
M. DEL CARMEN SOLER.  
Diez años.  
Barcelona.



D. Gallo en su  
carnero.  
MARÍA NIETO  
MOLINA.  
Nueve años.

279. D. Sn. B.



Siluetas.  
LUIS LOMO CAÑERO.  
Trece años. Santander.

280. D. Sección B.



Paisaje.  
P. CRUZ.  
Trece años. Cuenca.

281. D. Sección B.



Aquí dice Pirula.  
M. LEOPART.  
7 años. Sevilla.

282. D. Sn. A.



Villa Pilar.  
DOMINGO ECHENIQUE.  
Doce años. San Sebastián.

283. D. Sección B.



Pinocho en San Sebas-  
tían.  
RICARDO ALONSO.  
Nueve años.

284. D. Sección A.



Mi muñeco.  
CARMENCITA  
VALDEPEÑAS.  
7 años. Madrid.

285. D. Sn. A.



Un momento.  
MAXIMINO GARCÍA.  
Doce años. Palencia.

286. D. Sección B.



Apunte.  
GONZALITO LÓPEZ.  
Seis años.

287. D. Sección A.



Una niña.  
JUANITA GÓMEZ.  
Trece años. Madrid.

288. D. Sección B.



Defendiendo el marco.  
CÉSAR MARTÍNEZ.  
Doce años.

289. D. Sección B.



Pinocho, futbolista.  
C. M.

290. D. Sección B.





Banderillas.

NICOLÁS RODRÍGUEZ.  
Once años. Huelva.

292. D. Sección B.



Tipos del cine.

JUANITO CAZALELLA.  
Nueve años. Madrid.

293. D. Sección A.



Mi criada.

IGNACIO ARA.  
Nueve años.  
Santa Cruz de Te-  
nerife.

294. D. Sn. A.



El Barón.

FRANCISCO  
CABALLERO.  
Diez años.  
Madrid.

295. D. Sec-  
ción B.



Anita en la rama.

CONSUELO  
ALONSO.  
Doce años.  
Madrid.

296. D. Sn. B.



Un tigre.

TITO OLANO.  
Ocho años.

297. D. Sección A.



El santo de Pinocho.

JOSEFINA JIMENO.  
Doce años. Palencia.

298. D. Sección B.



Mis amigos.

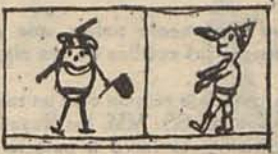
299. D. Sección A.



La institutriz.

EMILIO ORTIZ.  
Seis años.

CARMENCITA  
VALDEPERAS  
Siete años.  
Madrid.  
300. D. Sec-  
ción A.



Los rivales.

RAFAEL CHOJITEA.  
Ocho años. Barcelona.  
301. D. Sección A.



La gran lucha.

GERMÁN S.  
Ocho años. Huelva.



Mi amigo Spencer.

TOMÁS IBARRA.  
Nueve años. Sevilla.  
303. D. Sección A.



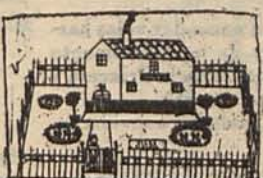
Pinocho en bici-  
cleta.

EDUARDO  
ORDUÑA.  
Diez años. Madrid.  
304. D. Sn. B.



Yo quiero un tiesto, D. Turulato.

LUIS GARCÍA Y GARCÍA.  
Diez años. Santander.  
305. D. Sección B.



Villa Pinocho.

L. G. y G.  
Diez años.  
306. D. Sección B.



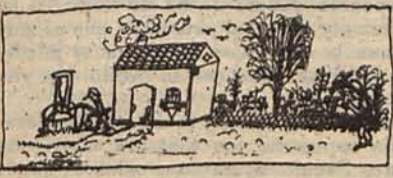
Pinocho, artillero.

EDUARDO O.  
Diez años. Madrid.  
307. D. Sección B.



Un oficial francés.

ERNESTO OLLERO.  
Ocho años. Madrid.  
308. D. Sección A.



Pinocho y Pirula en el campo.

CRISTÓBAL GIL CHACÓN.  
Diez años. Estepona.  
309. D. Sección B.



Turistas en Itálica.

JOSEFINA HERNÁNDEZ.  
Once años. Madrid.  
310. D. Sección B.



Una parada.

JULIO LÓPEZ.  
Nueve años. Madrid.  
311. D. Sección A.



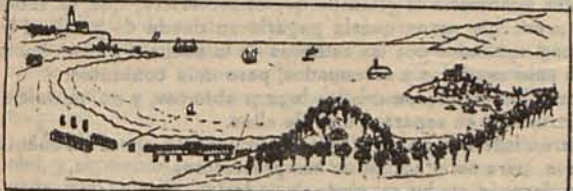
Una escena bonita.

JUANITA RADA.  
Siete años. Santa Marta.  
312. D. Sección A.



Un moro.

MANUEL PASTOR.  
Doce años. Ceuta.  
313. D. Sn. B.



Lo que veo desde mi casa.

JOSÉ M.ª SÁENZ.  
Doce años. Santander.  
314. D. Sección B.



Copia de Cabeza de  
Piedra.

JOSÉ LUIS ALONSO.  
Diez años. Ribadeo.  
315. D. Sección B.



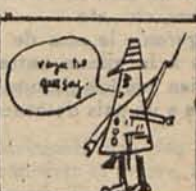
Anuncio de la  
Emulsión Scot.  
MIGUEL E. MAR-  
TÍNEZ.  
Ocho años. Pa-  
namá.

316. D. Sn. A.



Pinocho.

PEDRO RUIZ  
ROSO. — 13 años.  
Cabeza del Buey.  
317. D. Sn. B.



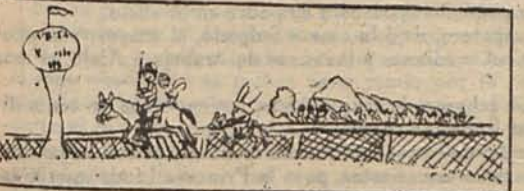
Don Pirulín.

J. RUIZ.  
Once años.  
318. D. Sección B.



Un globo.

MANUEL PÁ-  
REZ. — Once  
años. Ponte-  
vedra.  
319. D. Sec-  
ción B.



Carreras.

ISIDRO MUNGUITO VIEJO  
Diez años. Madrid.  
320. D. Sección B.



Americanos.

JULIO G. POLA.  
Nueve años. Madrid.  
321. D. Sección A.



Un gallo.

M.ª DEL PILAR BA-  
RASÁN. — 13 años.  
322. D. Sección B.



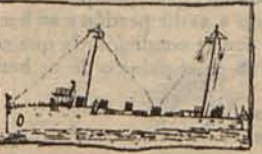
Mi papá.

JOSÉ TORRES DÍAZ.  
Nueve años. Málaga.  
323. D. Sección A.



¡Al agua!

RAFAEL DÍAZ  
LLANO. — Ca-  
torce años.  
Santa Cruz  
de Tenerife.  
324. D. Sec-  
ción B.



«El osado».

ENRIQUE DELGADO.  
Nueve años. Cartagena.  
325. D. Sección A.



Pareja de osos.

EDUARDO ESTIRADO.  
Doce años. Madrid.  
326. D. Sección B.



Caricatura, por  
X.

12 años. Valencia.  
327. D. Sección B.



Firpo.

JUAN PRIETO.  
Doce años.  
328. D. Sn. B.



Un castillo.

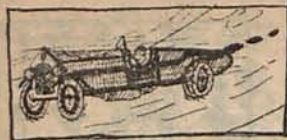
RAFAEL MATEO.  
Cinco años. León.  
329. D. Sección A.



Una buena ca-  
beza.

IGNACIO MARTÍN  
ORTIGOSA. — Do-  
ce años. Madrid.  
330. D. Sn. B.





A toda marcha.

CÉSAR MARTÍNEZ.  
Doce años. Madrid.

331. D. Sección B.



Mi hermanita llorando porque no quiere bañarse.  
RAFAEL LÓPEZ.  
Nueve años. Pontevedra.

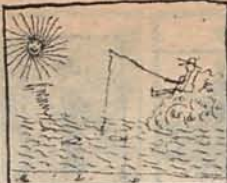
332. D. Sección A.



El príncipe Pelillos.

EDILBERTO ESTEBAN. — Doce años.  
Segovia.

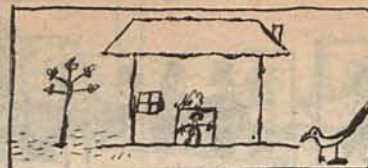
333. D. Sección B.



Mi intrépido amigo.

EUSEBIO DÍAZ.  
Once años. Barcelona.

334. D. Sección B.



Mi casa de campo.

TRINIDAD COELLO.  
Ocho años. Madrid.

335. D. Sección A.



Mi prima Ascensión.  
MARÍA RUIZ.  
Catorce años. Madrid.

336. D. Sección B.

### El alfiler de la dicha.

En un pueblo vivía una familia tan sumamente pobre, que un hijo suyo llamado Juanito tenía que recoger las colillas de los cigarrillos para su padre.

Un día, al coger una colilla, vió una cosa que relucía cual un rayo de sol; la cogió, y leyó con sorpresa: «Soy de SS. MM. los Reyes».

Juanito, aunque pobre, tenía buen corazón; lo llevó a palacio y dijo al Rey: Tome S. M. este alfiler que debe ser suyo; a lo que el Rey dijo:

Es mío, pero te lo regalo en premio de tu buena acción.

Juanito al salir, dijo: Mande S. M. lo que quiera; y el Rey dijo con tristeza:

Tengo una hija en un pozo, en el cual no ha podido llegar nadie, y necesita el que la quiera salvar apagar de un soplo diez velas y ella sola saldrá.

Se fué Juanito pensativo a casa, y comenzó a encender velas hasta que puso diez. Después sopló y las apagó, y en aquel momento apareció un mago y le dijo: «Tú me has vencido; toma la Princesa y este pito y cuando me desees llámame». Y desapareció.

Juanito la llevó a palacio, se casaron, y a la boda me convidaron, y comimos muchas cosas y muy buenas.

BONIFACIO TALAMANCA.  
Doce años. Valdeverdeja.

35. C. Sección B.

### La palomita mensajera.

En una época ya muy antigua vivía en una finca muy bonita, una familia compuesta de padre, madre y dos hijos, una niña y un niño.

La niña se llamaba Antoñita y el niño Luisito, y tenían muchos animalitos; entre ellos había una palomita lo más linda que se ha visto.

Los papás tenían un auto, y un día se les ocurrió salir, dejando a los niños solos en el jardín. Como el jardín estaba en el campo, los niños, jugando, se salieron del jardín con la palomita mensajera en el hombro.

Unos gitanos que iban por la carretera los cogieron, les taparon los ojos, se los llevaron a una cueva, y allí los encerraron. Pero la palomita mensajera, había visto el camino, y al niño se le ocurrió una cosa, y le dijo a la niña: Mira, yo busco una hoja y carbón, y les decimos donde estamos y lo que nos pasa a papá y a mamá.

Así lo hicieron, y dieron la carta a la palomita mensajera, que la llevó a casa de los padres de los niños. La leyeron y prepararon guardias, coches, etc., etc.

Cuando llegaron a la casa de los gitanos, se apearon los guardias, cogieron a la gitana, entraron y sacaron a los niños y les dijeron qué hacían con los gitanos. Los niños dijeron que nada más que mandarlos a un país desconocido para toda la vida.

FERNANDO SANZ.  
Nueve años.

36. C. Sección A.

### Las dos hermanas.

Había una vez un matrimonio muy pobre que tenía dos hijas. La mayor se llamaba Pilar, de doce años, y la pequeña, Margarita, de diez años.

Un día sus padres les dijeron que no tenían dinero ni pan para comer, que fuesen al campo a ver si encontraban qué comer.

Andando, andando, dice Margarita a Pilar: Sentémonos, pues estoy muy cansada.

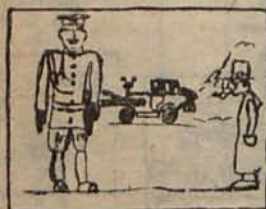
Cuando estaban sentadas, vieron venir hacia ellas una vieja muy cargada que les dijo si le querían llevar la carga a su casa.

Las dos, muy contentas, dijeron que sí, y se la llevaron y estuvieron haciéndola todo lo de su casa durante un mes. Transcurrido este tiempo, les dijo la vieja que ya se podían marchar, y en recompensa les dió cien pesetas a cada una, y muchos juguete de esos tan bonitos.

Se fueron las dos muy contentas a su casa, y ellas y sus padres vivieron muy felices, comiendo muchas perdices.

CARMEN LANDA.  
Doce años. Zaragoza.

37. C. Sección B.



Un chófer.  
DIEGO DE BARTOLOMÉ Y DE MORALEDA.  
Ocho años. Guadalajara.

340. D. Sección A.



La iglesia de mi pueblo.  
JACINTO ARIAS GARCÍA.  
Once años.

341. D. Sección B.



Mi amigo.  
JUAN IGNACIO LIZÁRRAGA.  
Doce años. Badajoz.

337. D. Sección B.



Pinocho.  
JOSÉ SERRANO CUBILLO.  
Sevilla.

338. D. Sección B.



Mi hermana Marujita.  
MERCEDES JIMÉNEZ.  
Doce años.

339. D. Sección B.

### La gitanilla.

Vivía en una ciudad un niño, hijo de padres muy ricos. Lo criaban con mucho mimo, y no tenía gusto o capricho que no lo tuviera satisfecho al momento; pero él, a pesar de esto, no era caprichoso y tenía un corazón muy compasivo.

Un día que paseaba en su jaquita «Galana» por los alrededores de la ciudad, vió a una gitanilla harapienta y desgredada que lloraba amargamente. Paquito (que así se llamaba el niño), compadecióse de ella y le preguntó qué le pasaba. La niña levantó hacia él su carita, toda llorosa, y le respondió: «Cómo no he de llorar, si he perdido el dinero que me dieron, y ahora mi padrastro, que es muy malo, me pegará y encerrará en la cueva que me da tanto miedo! ¡No..., no quiero volver más allí! Y señalaba con su dedito una vieja cabaña que se veía muy lejos.

Ea, pues si es por eso no llores más; toma, y le dió cuanto llevaba en el bolsillo. La chiquilla se marchó tan contenta. Corriendo desapareció, no sin que antes Paquito oyera estas palabras que la niña repetía: «¡Carmelilla no olvidará al bueno del señorito!».

Poco tiempo después, unos malhechores secuestraron al niño. Los papás, desesperados, ofrecieron grandes sumas de dinero al que lo hallase. Mientras tanto, el niño, en una cueva oscura y fría, se moría de hambre. Pero cuál no sería su sorpresa, cuando entre las sombras vió aparecer a la gitanilla que él socorriera, que al saber lo tenían preso los suyos quería pagarle su deuda de gratitud libertándole, y ayudados por las sombras de la noche, huyeron hasta llegar a su casa rendidos y extenuados, pero muy contentos.

Los padres los recibieron con los brazos abiertos, y no permitieron que Carmelilla se separara más de ellos.

La pusieron interna en un colegio, y muy pronto aprendió cuanto la enseñaron, para satisfacción de sus protectores.

Y según después me he enterado, cuando los niños fueron mayores, no tardaron en casarse, pues Paquito cada día quería más a su joven salvadora, y vivieron muy felices.

ELOISA GINÉS.  
Once años. Madrid.

38. C. Sección B.

### Alejo el zapatero.

Este era un pobre zapatero que tenía tres hijos, pero con la desgracia de que ninguno de los dos mayores le servía para nada; solamente el más pequeño ayudaba a su padre en el oficio.

Al morir el zapatero, dejó la casa a Sulpicio, el mayor; sus ahorros a Ciriaco, el mediano, y las cosas del trabajo a Alejo, el más pequeño.

Los hermanos echaron de casa a Alejo, diciendo que no tenía dinero para pagar lo que se comía.

Alejo se marchó de la casa de sus hermanos, y se fué andando a un reino donde todo eran fiestas, pues la Princesa Linda quería escoger esposo.

Durante el baile, a la Princesa se le rompió un zapato, y en este grave aprieto, fueron llamados a palacio todos los zapateros de la ciudad, pero ninguno se atrevió a arreglarlo, pues eran tan sumamente finos, que se rompían con solamente mirarlos.

Alejo se enteró y fué a ofrecer sus trabajos a la Princesa, que quedó tan admirada, que se enamoró de él.

Dos meses después se celebraba la boda con gran pompa.

Los hermanos de Alejo fueron corriendo a pedir perdón a su hermano, quien los perdonó de buen grado, con la condición de que se enmendasen; lo prometieron y se quedaron en el palacio de su hermano.

Y fueron felices, comieron perdices, y a mí no me dieron porque no quisieron.

PILAR PELLICO.  
Once años. San Sebastián.

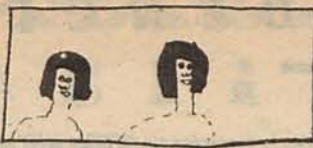
39. C. Sección B.





Paisaje.  
CELISO G. DE LA RIEGA.  
Diez años. Pontevedra.

342. D. Sección B.



Mis amigos.  
OLGA GONZÁLEZ.  
Seis años. Habana.

343. D. Sección A.



Mi prima Angeli-  
ta.  
M.ª PAZ SIERRA.  
7 años. Madrid.

344. D. Sn. A.



Currinche con su padre.  
JOSÉ TORRES DÍAZ.  
Nueve años. Málaga.

345. D. Sección A.



Barco de Pinocho.  
JOSÉ ANTÓN ABADÉ.  
Doce años. Madrid.

346. D. Sección B.



Un militar.  
JOSÉ MARÍA  
BUZÓN.  
Once años.  
Santander.

347. D. Sn. B.

### Por bueno.

Érase un niño llamado Juan que tenía muy buenos sentimientos. Una mañana que iba a ayudar a su padre se encontró con una vieja que le pidió limosna. El le dio su merienda, que era lo único que llevaba. Entonces la vieja sacó una capa que dio a Juan y le dijo: Toma, con esta capa todos tus deseos serán cumplidos.

Juan se despidió de la vieja y fué al encuentro de su padre, le contó lo sucedido. y él lo abrazó y lo besó, y lo mismo lo hizo su madre cuando le contaron lo sucedido al llegar a su casa.

Juan quiso que sus padres fueran felices, y él se fué a correr, hasta llegar a una población que le dijeron que si mataba a un monstruo que allí cerca había se casaría con la princesa y sería rey, que así lo había prometido el rey que había entonces.

Juan quiso matar al monstruo, y la capa le hizo invisible y le dio una espada con la que Juan mató al monstruo.

Se casó con la princesa, fué rey, y mandó traer a su palacio a sus padres, que vivieron muy felices en compañía de su hijo y de la princesa, que era muy linda y muy buena.

ENRIQUE MOLES.  
Diez años. Madrid.

40. C. Sección B.

### Los dos hermanos.

Gloria y Pedro eran dos hermanos de siete y nueve años respectivamente, pero de condición desigual; pues mientras la primera, inclinada al bien de buenos sentimientos y muy aplicada al estudio, el segundo no pensaba más que en perder el tiempo, jugar y no hacer caso de los buenos consejos que sus padres le daban continuamente.

Un día estos dos niños recibieron un encargo de su prima que vivía en la capital. Los muchachos daban muestras de impaciencia en saber lo que contenía dicho encargo, que consistía en una cajita herméticamente cerrada y lacrada; hasta que su madre la abrió, y y fué bastante su sorpresa al encontrarse con unos pequeños granos blanquecinos. Pedro, malhumorado porque él creía que traería algún dulce o juguete destinado para él, salió al exterior diciendo barbaridades, mientras que su hermana preguntó a su mamá:

—Estos granitos, ¿qué es?

—Son huevos de gusanos de seda —contestó la madre.

—Para que salgan los gusanos, ¿qué se hace? —preguntó impaciente.

—A lo que prosiguió la madre: —Se les da calor por muchos procedimientos que hay, y van aumentando de volumen merced a unas hojas de un árbol que hay que se llama morera, hasta que llegan al límite de su desarrollo y elaboran un capullo de seda; terminado éste, se introducen dentro, y unas cuantas horas después salen al exterior por un orificio que hacen convertidos en mariposas, y éstas, a su vez, segregan los huevos, que es lo que te ha dado tu prima.

Gloria había seguido atentamente lo que su madre le había dicho, y siguiendo los razonamientos de su madre fué multiplicando cada vez más los gusanos de seda, y hoy es la mayor recolectora de Europa; tiene labrada una gran fortuna por causa de su laboriosidad. Aunque tenemos que añadir que Pedro se corrigió de su carácter impulsivo.

PEDRO M. PÉREZ.

41. C. Sección B.

### Travesura de Julito.

En un pueblecito cerca de Cádiz, cuyo nombre no recuerdo, vivía un labrador con su familia, tenía un hijo que se llamaba Julio.

Un día le mandó su padre que llevase una carta al correo; claro, el niño obedeció a su padre; pero yendo por la calle se encontró con sus amiguitos y empezaron a jugar; pero a Julio se le cayó la carta al suelo y mandó a sus amigos; le hubieron advertido que se le había caído la carta al suelo; ya estaba destrozada; ya terminaron el juego y Julio se fué a su casa diciendo que ya había cumplido con su deber; pero luego se enteró su padre que no contestaban a la carta, y su padre le dijo: te debía de pegar; pero se enteró también su madre, y Julio no se libró de unos cuantos azotes que ésta le propinó, y Julio dejó de ser travieso merced a los azotes de su madre.

ÁNGEL PÉREZ CASTILLA.  
Diez años. Toledo.

42. C. Sección B.



Pinocho, picador.  
PAULINO VEGA.  
Diez años. Santander.

355. D. Sección B.



Pinocho y Pirula paseando  
en auto.  
BALTAZAR RODRÍGUEZ DÍAZ.  
Once años. Tenerife.

356. D. Sección B.



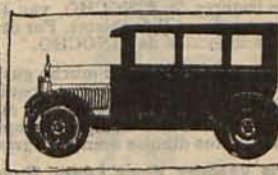
Zamora.  
LUIS LÓPEZ.  
Doce años.  
Palencia.

357. D. S. B.



Mi gatito.  
PEDRO RUIZ.  
Trece años.  
Cabeza del Buey.

352. D. Sección B.



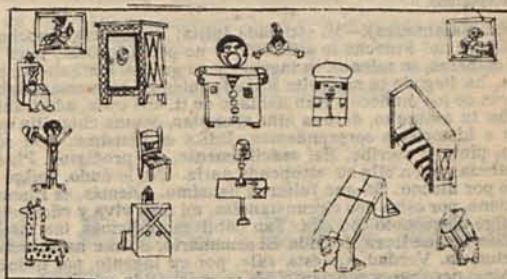
Un buen coche.  
ANDRÉS GARCÍA Y GARCÍA.  
Santander.

353. D. Sección B.



Chapete y su amigo.  
PEPITO ASENSIO.  
Siete años. Oviedo.

354. D. Sección A.



Cuarto amueblado al estilo de Pirula.  
RÉGULO MARTÍNEZ.  
Diez años. Panamá.

351. B. Sección D.

### La mala madrastra.

Había en Matalaguarra un matrimonio con dos niñas llamadas Matilde y Joaquina, y habiéndose muerto la madre, el padre se volvió a casar, teniendo otra hija llamada Tomasa.

Joaquina y Matilde eran muy guapas y buenas, mientras que la madrastra y Tomasa eran muy feas y malas. Tesfila, que así se llamaba la madrastra, quería mucho a Tomasa, y odiaba a Joaquina y Matilde.

Al llegar la hora de comer mandaba a sus hijastras a por cebollas, perejil, ajo u otros recados, mientras que daba a su hija y tomaba ella muchas cosas buenas; cuando llegaban las niñas las sentaba a la mesa y las decía: para que veáis, mi hija y yo no comemos y vosotros sí; y al empezar les hacía dar un poco a Tomasa, y creyéndose que efectivamente no había comido, le daban cada una la mitad; esto pasaba todos los días.

Un día Tomasa se puso mala, y habiendo pedido cerezas, su madre mandó a por ellas a sus hijastras, éstas se fueron al bosque a por ellas, y no encontrándolas se fueron demasiado lejos; se perdieron llegando la noche; vieron una casita, llamaron a la puerta, y salió una vieja fea, pero muy buena y buen corazón, las preguntó lo que iban buscando; después de haber explicado lo que las pasaba, pidieron albergue, y se le dio de muy buena gana. Una vez pasada la noche, las dio una varita, con la que conseguirían lo que quisieran; sin decir más, las cerró la puerta. Las niñas quisieron ver si era verdad, y dijeron: queremos cerezas y llegar a casa; en efecto, sin andar ni agacharse se encontraron en casa y con la cesta llena de cerezas; entonces la madrastra, que estaba muy contenta, creyéndose que se habían perdido, se entristeció, y Tomasa, por lo contrario que su madre, se alegró; las niñas contaron todo lo ocurrido; después de contarle cogieron la varita y dijeron: Queremos que Tomasa sea guapa y buena; ésta se convirtió en guapa y buena, mientras que la madrastra siguió fea y mala; poco después murió de rabia, mientras que las niñas y el padre vivieron muy felices.

CARMEN DEL RÍO.  
Diez años. Valladolid.

43. C. Sección B.



# CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, *contestaremos a todo el mundo*.

A los Pinochistas calígrafos y, principalmente, a Pilarín y María Luisa Tegel.—He leído vuestra carta (ahora hablo a Pilarín y a María Luisa) y no tendré que deciros cuánto siento que vuestro apellido, siendo Tegel, haya salido Legel. Es milagroso, verdaderamente milagroso, que no sean más numerosas vuestras equivocaciones. Firmas vienen, tan difíciles, tan enrevesadas, tan complicadísimas, que sólo por la pericia de Pirula (quien sabe descifrar las inscripciones de la Alhambra, los jeroglíficos egipcios y los garabatos espantosos de Chapete), que sólo por la pericia de Pirula, repito, podemos salir de nuestros apuros. Vuestras letras, la verdad, son bastantes claras; ¡pero hay cada Pinochista! ¡Qué escritura, Dios mío!

Advertimos, pues, desde este momento, a todos los colaboradores, que procuren, por lo menos, cuando se trate de la firma, la más legible de las letras.

R. de Zuma (Tenerife), Lolita (Tenerife), Pedro Rodríguez (Tenerife), R. de Lecuona (Tenerife), Rosa.—He recibido vuestras cartas. Las contesto en común, porque todas ellas se refieren a lo mismo, a la edad que se fijó para los concursos. Pinocho, generoso como siempre, os concede colaborar en la Revista, sin atender a edades. De diez años hacia abajo, y de diez para arriba. Sin restricciones, sin impedimentos, libremente. Pinocho es grande, magnánimo y ecuaníme, y en este caso, ¡cómo en todos!, se complace en favoreceros. (Advertencia: Rogamos a Lolita, y también a Rosa, que procuren, para otra ocasión, escribir sus nombres completos, sus nombres y sus apellidos. Gracias anticipadas).

Julita López (Salamanca).—Mi estimada Julita: Ya conocía Pinocho tus habilidades. ¡Cómo no! Pinocho lo sabe todo y no podía ignorar, pero de ninguna de las maneras, tu talento, tu ingenio y tu gracia. Pero ahora, por rara coincidencia, ha llegado tu amiguito Rafael, quien ha conversado largamente con el héroe de los muñecos. Han hablado de ti. «Se trata, admirable Pinocho, ha dicho tu amiguito, de una niña ejemplar, de una chiquilla que compone versos e historietas sorprendentes. Julita es listísima. Con sólo diez años, dibuja, pinta y escribe. Es, sencillamente, un prodigio». Pinocho ha movido su cabeza, y con ella su estupenda nariz. «No lo dudo, amigo Rafael, ha proferido por último. Sé que Julita es listísima. Además, es Pinochista y Pirulina, y tiene, por estas dos circunstancias, mi más viva y eficaz simpatía. Pero estoy algo disgustado con ella. Tan hábil, tan graciosa, tan inteligente, Julita, en todo lo que lleva de vida mi semanario, no me ha mandado más que una historieta. Verdad que ésta vale, por su ingenio, por treinta historietas graciosas; pero no es suficiente. No se acuerda de mí, me tiene abandonado. ¿Le parece a usted bien, amigo mío?»

Ya lo sabes. Esas son las palabras de Pinocho. Sus últimas palabras.

Geli y Pilarica. (Cartagena).—Mis mejores amigas: En números anteriores habréis visto que Pinocho, por más que haga, no puede solucionar el asunto de los cupones. Estos son de absoluta necesidad, pues de no haber cupón, cualquier individuo, no siendo Pinochista, podría remitirnos trabajos. En beneficio, pues, de todos los lectores de PINOCHO, van los cupones, y suprimirlos perjudicaría a los verdaderos Pinochistas. Por otra parte, no creo que ello impida encuadrar la colección de PINOCHO.

Francisco Villalba López (Madrid).—Con mucho gusto hubiéramos publicado tu chiste si éste, la verdad, no estuviera... un poquito en desacuerdo con las páginas de PINOCHO. Eres un gran dibujante, y esperamos que nos remitirás nuevos trabajos tuyos. Procura siempre, siempre, en todas las ocasiones, que los comentarios de tus dibujos sean del agrado de Pirula.

Paquita, Matías y María Vázquez, Elena López, Raquel Madroñero, Elena, María Rosa, Eugenio y Manolo Oñate. (Sarriá).—He recibido vuestra simpática carta, y deseo ver esa interesante fotografía de que me hablais. Si está bien hecha, clara, visible, la publicaré. Mandadme una buena prueba.

Vicente Larraz (Zaragoza).—Muchas gracias, amigo Vicente, por tu afecto y tu entusiasmo. Tienes razón en lo que dices; pero tú mismo te contestas indicando con muy buen juicio el motivo de hacer lo que hacemos. Exigir dos cupones, como dices, en vez de uno, sería remedio insuficiente y probablemente mal interpretado. Si no me falta la ayuda de los Pinochistas cariñosos y entusiastas como tú, mi Revista llegará a ser casi tan buena como yo quería; y entonces sería más fácil la solución a ese y a otros problemas que no la tienen sólo con mi constante deseo de agradaros a todos.

Alfredo Giménez (Madrid).—No eres tú sólo, querido Alfredo, quien me hace esta pregunta. Al contestarte aquí, desearía que todos los Pinochistas pasaran sus ojos por estas líneas. No serán válidos los cupones calcados, es decir, los papellitos—que no los cupones—donde se dibuje el cupón. Ello sería injusto. De un solo cupón pueden sacarse infinitos calcos, y con infinitos calcos, un mismo Pinochista mandaría infinitos trabajos. Siendo infinitos los cupones, e infinitos los trabajos, las páginas de PINOCHO habrían de ser, para ponerse al compás de la colaboración, también infinitas. ¡Absurdo, absurdo! No cabe otra solución. No hay más remedio que recortar el cupón, y, en último caso, si tanto se ama la integridad de las páginas de la Revista, adquirir dos ejemplares de un mismo número; uno, para la colección; otro, para los cupones, para recortar el dibujo que más os guste, para recortar el «problema», etc., etc.

Rafael F. Gaytán. (Talavera de la Reina).—Es una pena que un chiste como el tuyo no pueda salir en PINOCHO. Es muy bonito el chiste, chistosísimo. Pero, ¡oh!, el olvido de los cupones...

María del Pilar Berasain. (República Argentina).—Al recibir tu carta y tus trabajos he experimentado una gran alegría. Ya sabes tú el cariño, la predilección que Pinocho y Pirula sienten por la Argentina. Buenos Aires, sobre todo, es para Pinocho una ciudad fantástica. Pirula, aunque no ha visto tu país, está deseosa de encontrar una ocasión en que pueda aventurarse a visitarlo. Sueña con ese viaje. Como puedes comprender, cuantas cosas llegan del otro lado del mar, conmueven a Pinocho y Pirula. Tu carta—¡pero qué simpática eres, María del Pilar!—tu carta ha obtenido el éxito que se merecía, ni más ni menos; y tu dibujo, que publicaremos en la Revista, ha levantado olas, montañas, verdaderas cordilleras de entusiasmo: Andes de admiración.

Envía cuanto quieras a tus amigos Pinocho y Pirula.

Marcelino Cueto. (Gijón).—Tus dibujos han llegado sin cupón. Esto es ya suficiente para que no puedan ser publicados. Por si ello fuera poco, vienen a lápiz. Decididamente, cuanto más talento tiene un individuo, menos memoria tiene. ¿Ejemplo? Los Pinochistas: Listos, hábiles, inteligentísimos; están, sin embargo, desmemoriados.

Antonia Sanz. (Madrid).—Mi queridísima Antonia: Acaso tengas motivos para estar disgustada, pero no con nosotros, no con Pinocho. Culpa al correo, nuna ¡al héroe de los muñecos. Tus trabajos no llegaron a nuestras manos, y si llegaron, seguros que vendrían sin cupón. ¿Por qué íbamos a dejar de publicarlos, viniendo de ti, es decir, de una chiquilla listísima, simpática y original? No conoces a Pinocho, Antonia, no conoces a Pinocho cuando calcula en el preferencias y predilecciones injustas. Pinocho no se rinde ante otra cosa que ante el talento, y el talento lo tienes tú, y en abundancia. De forma que, de aquí en adelante, mandamos cuantos trabajos quieras, en la seguridad de que los publicaremos. ¿Estamos? Recibe un cordial abrazo de tu amiguito Pinocho. (Recuerdos de Pirula).

Miguel Serrano Sánchez. (Pueblo N. del Terrible).—Para que te enviemos

el accésit que te correspondió en la 2.ª serie de concursos, bastará con que nos remitas 50 céntimos en sellos, si bien, hablando con franqueza, como el premio no es más que un recuerdo, queda, en valor efectivo, por bajo de los gastos de franqueo. Tú decidirás.

M. Blanca Romero D. (Antofagasta).—Para colaborar en PINOCHO, querida Blanca, no hay que pagar nada. Basta, en este caso, con remitir un trabajo—un cuento, un chiste, una historieta, un dibujo—con el cupón de concurso. Pinocho es generoso y no puede, en manera alguna, hacerles pagar a sus colaboradores. Sólo Chapete, el malvado, tendría que abonar una suma enorme para que su nombre, por demás feo, apareciera en la Revista; y aún así y todo... En fin, ya lo sabes. Mándanos cuantas cosas quieras. Hemos quedado maravillados con el Te quiero, que hoy nos envías. Lo publicaremos, seguros de que entusiasmará a los lectores de PINOCHO. Esa prosa lírica, apasionada, es de un encanto indecible. Decididamente, eres una Pinochista extraordinaria.

Carmen García Jiménez. (Málaga).—Ya recibirás los dos accésits que ganaste en los concursos 1.º y 2.º. Estamos encantados con tus trabajos que son, hablando en verdad, de los mejores que entran en PINOCHO. Estimula con tu ejemplo a las demás Pinochistas y Pirulinas malagueñas para que, como tú, envíen buenos y primorosos trabajos.

Darás nuestros más afectuosos recuerdos al Cerro de Santa Catalina y a «Villa Lydia». Para ti un abrazo de Pinocho, otro de Pirula y otro también, si no te disgusta, de Don Turulato y Currinche.

Pilar y Pura Sastre (Bilbao).—Vuestros dibujos merecen publicarse en PINOCHO. Es decir, vuestros dibujos son buenos, excelentes, magníficos; pero... sin cupón, francamente, no pueden salir en mi Revista.

Cristóbal Menéndez (Gijón).—Sí, señor, todo Pinochista que remita un trabajo tiene que enviar un cupón de concurso. ¡Es natural! Dices en tu carta que semejante exigencia de Pinocho trae consigo algunos perjuicios; entre ellos, la rotura de los dibujos que hay al respaldo del cupón. ¿Cómo vamos a votar—preguntas en tu carta—si tenemos que destrozar algunos trabajos? Desde luego hay aquí, no lo dudo, una pequeña dificultad que, hablando con franqueza, no hemos podido evitar hasta ahora. Sin embargo, estudiaremos detenidamente este asunto, por ver si encontramos, después de meditarlo mucho, alguna solución acertada que satisfaga los deseos de todos los Pinochistas.

Carmen Camino (Madrid).—Mi queridísima amiga: Cumpliendo tus deseos, te contesto aquí, en mi Revista, que es la tuya, para animarte a que me remitas trabajos. Procura enviarnos, desde luego, con los nuevos cupones, pues los antiguos no sirven. Tus trabajos nos gustaron muchísimo; pero... ¡fíes a nuestra norma, tenemos que dejarlos aparte hasta que nos remitas otras cosas.

Mucho nos alegrará que así como eres lectora asidua de PINOCHO, seas, al mismo tiempo, colaboradora incansable.

Ánimo, pues, y a trabajar. Abrazos de Pirula, saludos de Pinocho.

Julio Poyo (Madrid).—No publicamos tu pasatiempo porque—¡oh coincidencia!—viene a ser idéntico al publicado en el número 24 de nuestra Revista, con el título «Juego de manos». De éste era autor Cipriano Escobar. El pasatiempo a que aludimos se efectuaba con una baraja, y el tuyo—en esto sólo se diferencia—con fichas de dominó. No te negamos originalidad. Pero como estudimos, en lo posible, las repeticiones y como estamos seguros, por otra parte, de que conseguirás hacer cosas perfectas, tuyas, apartamos este pasatiempo de ahora, para esperar de ti nuevos jeroglíficos, entretenidos, bonitos, originales...

Elena Aranguren Hernández (Madrid).—No deja de ser original tu problema, pero tampoco podemos publicarlo. Los dibujos son tan pequeños que, al reducirlos, quedarían invisibles. Son frecuentes estas cartas problemáticas, donde algunas palabras son sustituidas por figuras, y advertimos aquí, a todos los pasatiempistas amantes de ese género, que para ser publicada una carta de esa índole necesita llevar dibujos claros, netos, de un tamaño apropiado, para que al reducirlos no desmerezcan y se hagan ininteligibles.

José María Jover González (Valladolid).—Como pasatiempo, la verdad, no sirve tu problema; pero tiene tantísima gracia, que lo daremos como chiste.

María Fernández Martínez (Valderrama).—A tu carta de un paleta le ocurre lo mismo que a los trabajos de Elena Aranguren Hernández. Lee lo que digo a tu compañera.

Amalia Arburica (Madrid).—Tu Chapete, con ser tan bonito, tampoco sirve. Quedan algunos sitios en blanco, y ello no puede ser en un problema de palabras cruzadas.

Tristán La Rosa. —Muy buenos amigos vamos a ser nosotros. Remíteme cuantos trabajos quieras. El que hoy me mandas, como viene sin cupón, no puede publicarse. No olvides nunca este requisito importante.

Juaninche (Canjayar).—Mi querido Juaninche: Te hubiéramos contestado, como era tu deseo, particularmente, si hubieras anotado tus apellidos y tu dirección en Canjayar, en tu carta.

No podemos considerarte como suscriptor, en tanto no constes como tal en esta Administración. Para ello puedes suscribirte directamente, o bien por mediación del correspondal. Como sabes, la suscripción te reportará algunas ventajas, sobre todo, para los efectos de colaboración y concursos.

Francisco Cruz (Cuenca).—Publicaríamos tus versos, si éstos entrasen, por su asunto, en alguno de los nueve concursos permanentes. Que hayamos publicado algunas cuartetas no es razón, como comprenderás, para que admitamos estas tuyas, pues el tema de tus versos difiere en absoluto del espíritu de Pinocho. Inteligente como eres, sabrás remitirnos otras cosas, y afectuoso como es Pinocho, sabrá publicarlas a la mayor brevedad posible.

José María Piñar y Miura (Sevilla).—Te extrañará que no haya salido tu chiste. No te extrañará si te decimos que por no encontrarlo en condiciones... en condiciones apropiadas para Pinocho, hemos tenido que guardar tu «Comentario» en el arca de los treinta candados. Para otra ocasión, procura ajustar tus chistes al espíritu general de Pinocho.

Antonio Barberá (Zaragoza).—Tus versos son muy largos. Es decir, tu composición consta de 48 versos. ¡Ni el poema de Ercilla! No podemos publicar una obra tan larga. Y créeme que lo sentimos, pues tus versos, a pesar de su longitud, no cansan, son bonitos, ingeniosos y originales. Mándanos otra cosa.

Ramón Barbier (Bilbao).—Tu cuento, por ser muy interesante, se publicará en la Revista. Ahora que no podemos fijar—¡son tantas las páginas que nos remiten!—en qué número podrá salir tu admirable obra.

Encarnación González. (Madrid).—Puedes mandar cuanta colaboración quieras. Ahora que con el cupón correspondiente de concurso. Todo dibujo, cuento, chiste o historieta que me remitas podrá obtener premio si los Pinochistas, tus compañeros, eligen tu cuento, chiste, historieta o dibujo como el mejor. ¡Informada!

Rafael García Vidal. —Con un solo cupón has mandado dos trabajos: uno, tuyo, y el otro, de tu hermanito. Como hemos de ser fieles, si queremos ser justos, a lo prescrito, dejamos sin publicar uno de ellos. Procura, pues, cuando remitas colaboración, acompañar cada obra de su cupón correspondiente.

David Marcote López. (Coruña).—Mándame los dibujos a tinta negra y con cupón, y se publicarán. Sin estas dos condiciones es imposible.



# ¿SABÉIS POR QUÉ?

## ¿POR QUÉ SE NOS PONEN LOS PELOS DE PUNTA CUANDO SENTIMOS MIEDO?

Estoy deseoso de sentir miedo, verdadero pánico, para mirarme al espejo. Nunca me he visto con los pelos de punta, y, hablando con franqueza, os diré que deseo, pero con toda mi alma, presenciar un acto que haga levantar mis cabellos. Desgraciadamente soy un hombre valeroso y, por si ello fuera poco, vivo al lado de Pinocho, cuya presencia, por demás tranquilizadora, me ofrece infinitas seguridades.

El por qué se nos levantan los cabellos, uno a uno, cuando sentimos miedo, es cosa muy natural y explicable. Cada uno de nuestros pelos tiene junto a su raíz un pequeño músculo. Este músculo facilita el movimiento de nuestros pelos, y así se comprenderá que éstos no se mueven, cuando se mueven, por arte de birlibirloque, sino por la misma causa, razón ó fuerza por la que movemos un brazo, por ejemplo. Claro que hay diferencias: Mis brazos los muevo cuando quiero; mis cabellos, en cambio, cuando ellos quieren moverse.

Hay cosas, la verdad, que ponen los pelos de punta. ¿Pero por

qué, preguntarán los Pinochistas, son nuestros cabellos los encargados de delatar nuestro miedo?

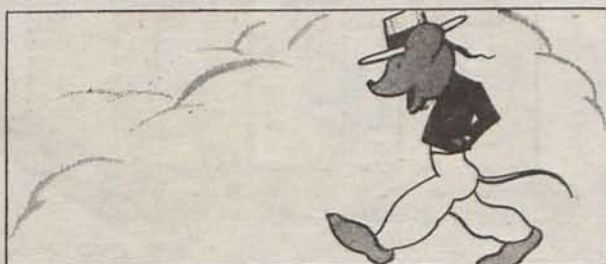
Oh, amables amigos. Fijémonos en los gatos. Cuando éstos se ven acosados enarcan el cuerpo, erizan el rabo, levantan, en un movimiento instintivo, toda su pelambre. La naturaleza les ha dado, para los momentos de peligro, un aspecto imponente. El gato está muerto de miedo, pero encubre éste bajo una apariencia fiera. Es una forma más o menos bonita de disimular su terror y de imponerse, con aspecto tan feo, a los animales que le acosan.

Pues el mismo oficio, a lo que parece, ofrecen en el hombre, ante el peligro, los cabellos levantados. Nunca he visto a una persona en semejantes condiciones. Pero debe ser un espectáculo maravilloso, sorprendente. Os aseguro que he de procurar por todos los medios posibles, que mis cabellos, tan peinados siempre, se conviertan en un abanico. Estaré imponente.

□ □ □



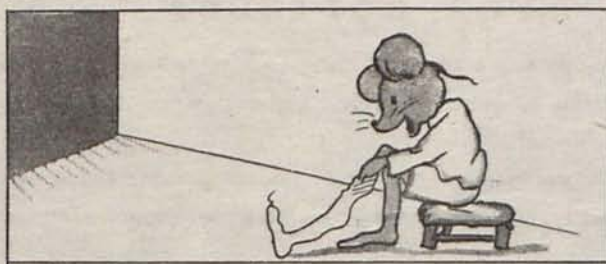
## HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESO



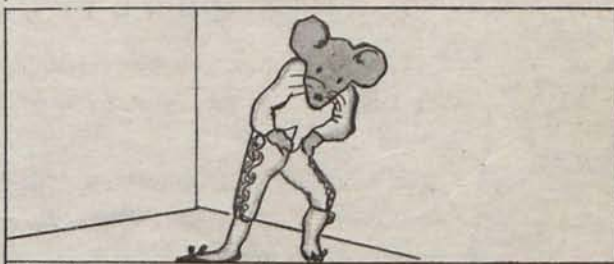
*Es Roqueso el torero  
Mas chulo y mas postinero*



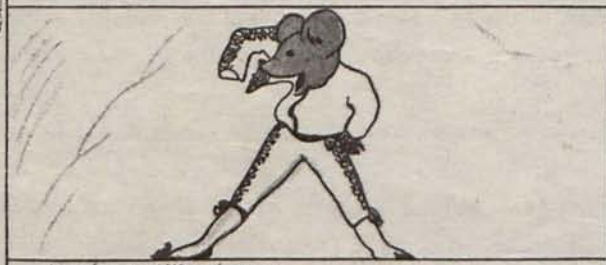
*Su obsesion es lucirse  
por su elegancia al vestirse*



*Para ponerse una media!  
Tarda // tres horas y media //*



*Y del pantalón no hablemos  
Tarda dos meses lo menos*



*La chaquetilla después  
le cuesta ponerse un mes*



*Al ponerse la montera  
Tarda una hora entera*



*Salte a la plaza por fin  
Dandose mucho postin*



*Y un toro muy diminuto  
Lo desnuda en un minuto.*





# SECCIÓN PIRULA

## BIBLIOTECA

Sé que la lectura es una de vuestras distracciones predilectas y me alegro y os alabo el gusto.

Si os agradan los cuentos de hadas, viviréis instantes deliciosos en el reino de la ilusión, que es el más encantador que darse pueda.

Si preferís los relatos de exploraciones y de caza, se os desarrollará la afición a viajar y adquiriréis grandes cualidades de valor, decisión y sangre fría.

Si vuestros libros favoritos son las novelas infantiles, os iréis persuadiendo, por los ejemplos que abundan en ellas, de que el vicio siempre se halla castigado y recompensada la virtud.

Si sois aficionados a las obras de vulgarización científica, en nada de tiempo os convertiréis en unos pequeños sabios.

Y, en fin, si por encima de todos los libros, colocáis en vuestras preferencias las «Aventuras de Pinocho» y su semanario, ¡oh! entonces, no necesito más datos para adivinar que sois niños inteligentes y de buen gusto, ni para pronosticaros que os espera un brillante porvenir.

Pero no basta con leer, hay que saber querer a los libros, tratarlos bien, conservarlos preciosamente, sin pintarrapear la blancura de sus márgenes, ni doblar la esquina de sus páginas, ni perder hojas, ni estropear la pasta. (A propósito de pasta, no necesito recordáros ¿verdad? que las pastas que se comen no son las de los libros, sino las del té).

Y para conservar intacta toda la colección de libros que os hayan hecho pensar, reír, soñar, llorar o mejorar, es preciso tener mucho orden; es decir, que es indispensable que tengáis una biblioteca. Yo no quiero que en vuestro cuarto —este gracioso cuarto «del buen humor», amueblado según mis indicaciones—, coloquéis un sólo mueble feo, ni siquiera vulgar.

Y tampoco quiero que vuestros papás se enfaden conmigo y me reprochen el aconsejaros objetos costosos.

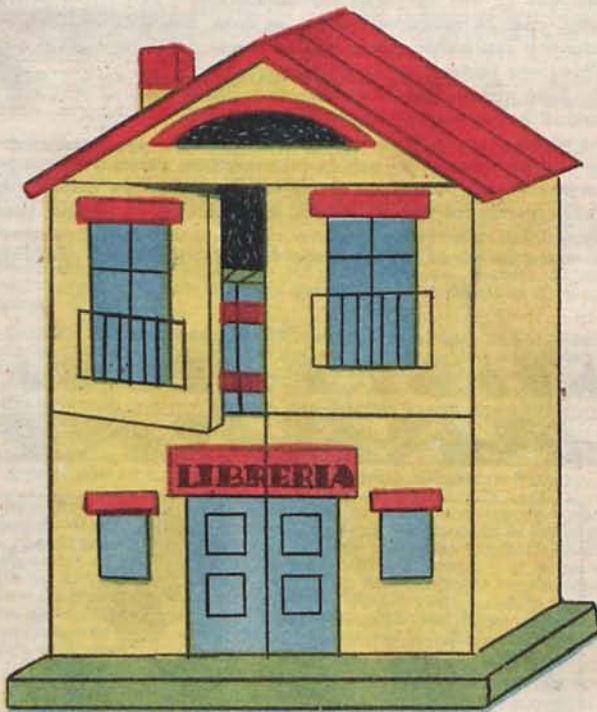
Por eso he ideado una biblioteca que reúne, a mi entender, todas las cualidades: es práctica porque puede hacerse del tamaño que se quiera, con más o menos tablas, y con más o menos fondo a fin de que quepan una o dos filas de libros.

Es conveniente para la perfecta conservación de los libros, porque sus puertas no dejan pasar el polvo.

Es barata porque la puede hacer cualquier modestísimo carpintero, con unas tablas ordinarias que vosotros mismos pintaréis fácilmente.

Y es bonita porque posee una de la más preciadas bellezas, que es la de la originalidad, sencilla y de buen gusto.

Incluso vuestra hermanita, la chiquitina, la que no sabe leer, ni siquiera conoce más letras que la o y la i, se entusiasmará con vuestra librería, puesto que, cerradas sus puertas, parece una casa de muñecas.



## MUNDILLO PARA BOLILLOS

Hace pocos años, Lolina se extasiaba cuando veía a su mamá hacer encajes de bolillos, y creía con toda buena fe que en la perfección de la labor lo que más influía era la disposición de matices de los alfileres.

¡Ah! esos alfileres de gruesas cabezas de cristal blanco, azul, verde, opalado o rosa, ¡cuánto le gustaban a Lolina! Y ¡qué alegría cuando su mamá le regalaba unos cuantos para jugar con sus amiguitas a «quién cruza antes!»

Pero hoy Lolina, que ya tiene cumplidos sus buenos nueve años, y es, por lo tanto, persona formal, se ríe de aquellas puerilidades de «su infancia», y maneja a su vez los bolillos con maestría sin igual.

Las «hojas» le salen perfectas, teje el «lienzo» con maravillosa regularidad y en sus «trenzas» no falta nunca ni sobra una sola vuelta.

En una palabra, se ha hecho una encajera tan notable como cualquiera de vosotras, que ya es decirlo todo, lectorcitas queridas.

Y como sé lo mucho que os gusta hacer encaje de bolillos —¿acaso no son obra vuestra las finas y sólidas puntillitas que ribetea vuestra ropa interior, así como el ancho y grueso entredós que adorna el estor de la sala?—, os presento hoy un modelo de mundillo tal como seguramente no vistéis nunca otro igual.

La almohada, propiamente dicha, es como todas, y la haréis fácilmente con algún trozo sobrante de vestido de seda de mamá, y un poco de paja para rellenarla.

En cuanto a la cabeza de la muñeca, cuyo cuerpo figura ser el mundillo, os aconsejo que empleéis la gamuza, pintándola luego, según indica el grabado.

Para disimular la unión de la cabeza con el cuerpo, y añadir así un gracioso adorno, podéis rodear «el cuello» de la muñeca con una cinta anudada por delante en una ancha lazada que haga juego con el gracioso Kiriki que lleva la muñeca en el gorro.

Y estoy segura de que en este mundillo os saldrán unos encajes mucho más primorosos aún que los que hacéis en los corrientes.

